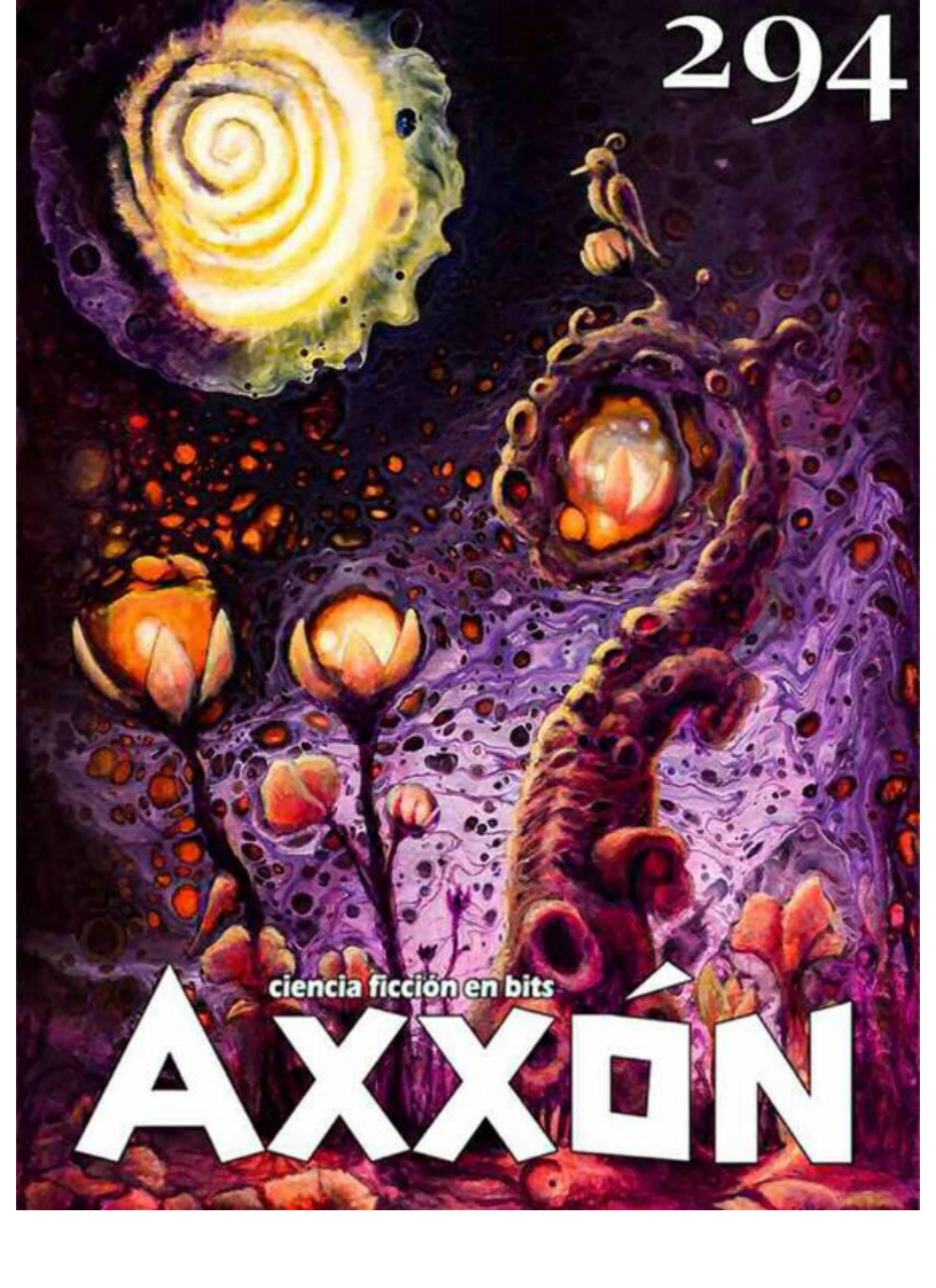

294
ciencia ficción en bits
AXXÓN

Axxón 294, agosto de 2020

Con cada transición es más complicado

Bonnie Jo Stufflebeam

 **EE.UU.**

Observo a mi novia abandonarme por segunda vez. La nieve susurra a través de una grieta cuando ella abre y cierra la puerta. *Webber se va*, pienso, con menos emoción que los muros blancos de la habitación del hospital donde acabo de visitar a mi marido, Logan, con su pierna quebrada, hace una hora y diez años en el futuro. Mis manos todavía se retuercen por la fuerza de su apretón.

La primera vez que vi irse a Webber me dolió el pecho, una acidez que duró meses. Habíamos estado juntas tres años, mi primer amor, pero se puso difícil. Ella fue la mujer más hermosa que conocí. Creo que aún lo es, aunque ya no la conozco en el presente, no de la forma en que lo hago en el pasado viendo su figura delgada como el hielo desaparecer por las escaleras de mi departamento. Me preocupa, aunque sé qué será de todo esto, que ella resbale en el hielo. No resbala, por supuesto, y aún si lo hiciera, podría salvarse a sí misma. Los superhéroes están hechos para salvar. Ella se mete en su auto. El motor retumba, la nieve se resquebraja mientras el auto se aleja. Pasará un mes hasta que la vuelva a ver. Y dos años hasta que finalmente nos demos cuenta de que ya no somos la una para la otra, entre un caos de esfuerzos de último momento e intentos fallidos.

Recuerdo la calidez de la piel de Logan junto a mí, la dureza de su pecho en el que apoyo mi cabeza. Sus manos, grandes, rojas y gruesas, recorren el contorno de mi cuerpo en nuestra cama. Me pregunto qué será de él. Mientras soy empujada a través del tiempo, trasladándome, ¿me va a extrañar o no va a sospechar nunca que me fui? ¿Veré su futuro? Desearía poder parar y explicarle lo que me está pasando. Que nuestro mejor amigo, Archer, todavía está enamorado de mí, y que me empujó hacia una espiral de la que no sé cómo salir, que no hay que confiar en él. “Logan”, quiero decirle, “no dejes que Archer se te acerque”. Pero cuando estamos juntos y trato de hablarle se me cierra la garganta, es otro de los trucos de Archer.



Ilustración: Pedro Bel

—Fui una tonta —le digo al departamento vacío al que solía llamar hogar. Ya no huele como mi casa, mohoso, viejo y un poco agrio. Miro las pertenencias de mi yo joven: un sillón hecho girones por nuestro gato, una mesa de café de tres patas, posters de todas nuestras referentes lesbianas: Ani, Joan, Ellen. Recuerdo, y me siento aún más estúpida por olvidar, el tablero. Mi propio superpoder: un tablero donde puedo colgar cualquier deseo y este se hará realidad. Puedo desear liberarme. Pero mientras corro al dormitorio donde está colgado el tablero, soy transportada de nuevo: el escenario se dobla sobre sí mismo, los muros caen, y una nueva escena aparece ante mí. Pongo las manos sobre las rodillas, me agacho, respiro profundo.

Estoy en casa, de nuevo con Logan, donde ambos pertenecemos. Casa. Nunca me pareció tan temporaria. En una hora va a cambiar de nuevo. Solo pasaron tres días desde la proposición de Archer, desde que me toco de esa forma que hizo que ralentizó mi piel y me empujó fuera del tiempo. A los hombres le pasan cosas, lo sé. Pero no lo sé bien. Esto aún es nuevo para mí. Aún no me acostumbro a su olor, ni a la forma en que sus ojos, como un cazador, recorren el cuerpo. Archer: un nombre apropiado[1]. Desearía haber tenido un indicio.

Es difícil contar una historia fuera del tiempo, tan difícil como vivir fuera de él. Trato de aferrarme al presente, pero con cada transición es más complicado reconocer el presente, darme cuenta de si una escena es nueva o vieja. Webber me deja por primera vez: pasado. Mientras cruza la puerta trato de recordar que después de todo ella no es el amor de mi vida. Y como recuerdo a Logan tan claramente, el recuerdo es fácil. Pero me traslado otra vez y me encuentro atrapado en una de sus redes hechas de sábanas andrajosas y pelo de gato, y nos damos calor, y su risa es como chocolate caliente, y estoy otra vez ahí, y ella es mía de nuevo, y somos perfectos, tan perfectos que no puedo estar segura de por qué alguna vez no lo fuimos.

Después de esos momentos soy fría con Logan, de la misma forman en

que lo fui en nuestras últimas semanas. Él me abraza y pregunta, ¿Qué te pasa? Lentamente, recuerdo que lo amo.

Sufro por dos manos, la de él y la de ella.

En cada transición trato de llegar hasta el tablero, pero ni bien lo recuerdo el mundo se desenfoca. Archer arregló sus transiciones para que se disparen cuando lo recuerdo, eso me asegura que el tablero sirve para arreglar las cosas. Seguro que lo sirve; tiene muchas cosas fijadas a él. Cierro mis ojos y trato de obligarme a trasladarme de nuevo a ese día en la secundaria cuando descubrí su poder, pero solo puedo llegar ahí en mi mente.

Cuando era estudiante de primer año de la secundaria mi madre me regaló un tablero de corcho decorado con un arcoíris de lentejuelas. Cuando me lo dio me quedé mirando el arcoíris. Me pregunté si ella sabía sobre los sentimientos que yo estaba teniendo hacia las chicas de la escuela. ¿La pulsera arcoiris que compré en Claire's guardada como un guisante debajo de mi colchón? Pero ella me sonrió de una forma tan cálida que no le quise preguntar. Yo había leído sobre el poder de visualizar los objetivos, así que pinche en el tablero una foto de una evaluación con una brillante A roja en la parte superior. En la escuela obtuve una B en la evaluación de inglés para que el que no había estudiado. No volví a intentarlo.

Después papá y mamá tuvieron La Infección que los doctores relacionaron con una bacteria que abrumaba el cuerpo humano. No tenían un antibiótico para eso todavía. Yo lo me lo había agarrado, pero ellos estaban tan enfermos que no podían moverse de la cama. No dormía por las noches temiendo que murieran.

Los doctores dijeron que no se recuperarían a menos que se descubriera una cura, y rápido. Yo lo deseaba tanto que no podía pensar en nada más. Encontré una foto nuestra, una familia sana, en una caja de zapatos que tenía bajo mi cama. La pinché en El tablero. Al día siguiente, los titulares de los diarios declaraban que se había encontrado una cura, un antibiótico que podía destruir a la bacteria y estaría disponible al público en una semana, incentivado por la necesidad pública, alrededor de dos millones de personas enfermas.

Dos semanas después, mis padres estaban de vuelta trabajando.

Pinché más cosas al tablero: una lista de Navidad; una comida cara que luego mi padre preparó sin que se lo pidiera, para la cena; un corte de pelo que el peluquero logró a la perfección pero que terminó haciéndome parecer un topo. Le atribuí el poder del tablero al vudú, o a algún poder místico. Después de todo, mucha gente me había hablado del poder de la

visualización. Había un libro muy famoso sobre eso. Pero no encontré a nadie en internet con el mismo grado de éxito que yo tuve.

Luego vinieron las noticias. La bacteria no enfermaba a nadie. En pequeños grupos de gente, en su mayoría jóvenes o viejos, la bacteria los hacía más fuertes. Los expertos lo relacionaron a una cadena reciente de superhéroes silenciados. Los viejos de San Francisco de repente podían volar, y una mujer joven de Dallas se pudo transformar en una mantis religiosa gigante. Me reí ante estas historias. Qué ridículos podían llegar a ser los adultos, creyendo esas mentiras una y otra vez. Pero todavía estaba la cuestión del maldito tablero. Decidí comprobarlo, de verdad esta vez, y pegué un par de alas a una foto mía. Al día siguiente desperté por la picazón en la espalda que me daban las alas que me habían crecido, mi cuerpo rodeado de plumas.

Hice una prueba de vuelo. Ahí fue cuando vi a Webber por primera vez.

Recordando El Tablero, la bacteria aún acurrucada en mis intestinos, cierro los ojos. ¿Puedo llevarme a mi misma al lugar donde Webber me encontró por primera vez?

Cuando los abro, una vertiginosa oleada de calor se extiende por mi cuerpo. Caigo desde el cielo, donde había estado planeando, donde mi mirada ha captado a una chica de mi edad, suspendida de un lado de la torre del reloj por una sola correa. Yo no estoy acostumbrada a las alas; hace diez años desde que las usé. Mi estomago sube mientras me sumerjo hacia el piso, moviendo las alas como si eso pudiera salvarme. Pero me sacudo moviéndome de lado a lado.

Los brazos de Webber me rodean, y nos deslizamos por un tramo de telaraña que parece hecho de pedazos de plumas y luz solar. Cuando nuestros pies tocan el suelo, ella me deja ir.

—Veo que eres una de los nuestros —me dice.

Su cuerpo es tan delgado como el de un niño, pero tiene mi edad, las marcas de acné en su cara demuestran que ha pasado la pubertad. Usa jeans y sweater negros. Mientras está parada delante de mí con las manos en su cintura, me doy cuenta de su belleza a pesar del delineador corrido en sus ojos.

—¿Una de ustedes? —le digo cuando logro recuperar mi voz.

La cuerda se ha volado con el viento, ella empuja sus palmas como si rezara. El viento sacude. Polvo y suciedad se precipitan desde ambos lados, desde debajo de los edificios, desde la capa superior de tierra de los

maceteros de la plaza. La parte inferior de mi camisa se levanta, los hilos se separan y se mueven hacia ella, mezclándose con el polvo y la suciedad. Delante de mis ojos se forma una red de formas intrincadas, aunque es desigual, como un copo de nieve recortado por un niño. Ella mejorará mucho, pienso. Un día me superará.

—Este es mi poder —dice—. ¿Cuál es el tuyo?

Claro, entiendo, aquella vez, aunque ahora, esta vez. Lo he sabido siempre. La sorpresa de la revelación se mezcla con el sentimiento de ya saberlo. Un *déjà vu* insoportable.

—¿Esas alas? —me pregunta.

—No —le digo—. Puedo hacer que suceda cualquier cosa que yo quiera.

Pero tú, pienso. Yo no hice que sucedieras.

—Yo te mostré lo mío… —dice.

Pero mientras caminamos hacia la casa de mis padres, mis alas se vuelven a meter en mi piel. El poder de El Tablero, como fui descubriendo, no dura, aunque después aprenderé a estirar sus límites. Empiezo a sentirme débil. Mis pies no se sienten míos: estoy habitando un cuerpo que no me pertenece. Llegamos a la puerta. Antes de que la abra, ella se me acerca y me besa en la boca, y me voy, trasladada detrás de la cortina del tiempo, sin saber a donde voy a terminar ahora.

De alguna forma, Archer me mantiene lejos de Logan lo más que puede. Antes de esto vi días de mi infancia, los primeros días de colegio y cuando Archer y yo nos conocimos, estudiantes de segundo en la universidad, pero no he vuelto a vivir la experiencia de conocer a Logan o el día que nos dijimos te amo. El día de nuestra boda, Archer a mi lado, mi hombre de honor. El se sintió siempre más amenazado por Logan que por cualquiera de las mujeres de mi vida, no pensaba en las mujeres como competencia. Lo odiaba por eso. No fue hasta que apareció Logan que tuvimos problemas Archer y yo.

Igualmente, el no pudo evitar todos los recuerdos de Logan. Cada vez que me cruzo con alguno recuerdo que el poder de Archer no es tan afilado como el que Webber llegó a desarrollar. Él es débil. Si solo pudiera contener mi respiración lo suficiente para explotar esa debilidad, para llegar hasta su pecho y arrancarle el poder. Solo que, claro, no es así como funcionan los superpoderes, no fuera de las películas.

La vez siguiente que veo a Logan, estamos juntos en la cama, sin tocarnos en el aire denso. No estoy segura de que día es, pero siento una

presión en el pecho. Estoy preocupada por algo. A mi lado, Logan está en silencio. Tonta, pienso. No hay nada que valga la pena tanto como para perder a Logan.

Antes de que pudiera decirle que lo perdono por lo que fuera que nos hayamos hecho, que yo también lo siento, escucho su respiración entrecortada. Eso fue la primera vez que escuché llorar a Logan. La respiración se convierte en algo parecido a hipidos, o una hiena llorando en la oscuridad, el sonido más animal que escuché. Me shockea.

—Rosalinda —jadea—. ¿Me sigues queriendo todavía?

Han pasado dos años, aun no nos casamos. Recién nos mudamos juntos y nos estamos ajustando a compartir nuestras vidas. Estuve pensando que quizás no lo amaba. Pero después de escucharlo llorar, estoy segura de que sí. Nunca estuve tan segura de algo.

Lo envuelvo con mis brazos. No llora mucho más; el está inmóvil. No estoy acostumbrada a esa inmovilidad. Con Webber nunca fue así, nada se solucionaba tan fácil. Siempre había una confianza que volver a ganar, un equilibrio que restaurar. A la mañana siguiente, lo sabía, todo sería más fuerte que antes.

Excepto que yo no estaré aquí a la mañana. O estaría, pero no sería yo. Mi cuerpo sufre por ser parte del pasado, mas que un visitante. En cambio, mientras lo abrazo, sé que pronto voy a desaparecer y no lo voy a ver por días, semanas o años.

—¿Te diste cuenta del error que cometiste? —dice Archer.

Esta no es la forma en la que empezamos. Me deslicé a una parte de mi vida que nunca quise recordar. Estoy en mi habitación, debajo de una montaña de frazadas, mas enferma que nunca: una infección bacterial en la garganta. Traté de sanarme con El Tablero, pero lo único que me dio fue el dinero para una visita al doctor, lo encontré debajo de las ruedas de mi auto, y una tarjeta de un doctor sobre el parabrisas. El doctor, cuando fui, me recetó antibióticos. Siendo quien soy, lo que soy, no puedo tomarlos; pueden destruir la bacteria que me dio mis habilidades. Escondí los antibióticos en mi mesa de luz. Esperé que la infección se fuera. Me llevó un mes entero.

Pero Archer no estaba acá esa vez; no era parte de mi vida todavía. Eso fue tres meses antes de que lo conociera en la fiesta de Halloween de una amiga.

Toso. Me duele hablar, pero me obligo.

—Sí —le digo.

—¿De verdad?

—Un error enorme.

Recuerdo nuestra discusión. El me besó sin avisar. Estábamos en la puerta del departamento donde vivía con Logan, después de una tarde de juegos de cartas y vasos de vino tinto barato, y en cuando era el momento de que se fuera, de que Logan y yo repasaramos los eventos de la velada con la cabeza en la almohada, Archer me besó. Logan estaba lavando los platos en la cocina. Yo empujé a Archer.

—¿Qué mierda te pasa? —le dije—. ¿Estás borracho?

—No —dijo Archer—. Todavía estoy enamorado de ti.

Yo lo sabía, cada vez que el me miraba con esos ojos de gacela. Me revolvían el estómago. Pensaba que nuestra amistad era más fuerte que esos ojos.

—Estás borracho —le dije.

—Te lo voy a mostrar —dijo—. Tú no lo amas como yo te amo. No lo amas.

Y me agarró del brazo y no me soltó, ni siquiera cuando grité, y cuando finalmente pude sacarme sus dedos de encima, sentí que me quedaba en blanco, que me había desmayado, que me había muerto.

Después todo se detuvo, y volvió a estar en foco, y yo estaba jadeando en brazos de Webber mientras ella me acariciaba el pelo y decía, *todo va a estar bien. Es solo un sueño, una pesadilla. Rosa, ya pasó*.

—Te dije —dice Archer—. Sabía que no lo amabas.

Él está sentado a mi lado, limpia el sudor de mi frente. Aprieta un dedo contra mis labios.

—No hace falta que me lo digas. Yo sabía que no me podías querer, no puedes querer a ningún hombre.

Abro la boca y muerdo. Su sangre se me derrama sobre la lengua. Él grita, me saca el dedo de la boca y lo envuelve con la mano.

—El error que cometí —le digo y escupo sangre en la sábana— fue confiar en ti, cobarde de mierda.

Los labios de Archer tiemblan como cuando me besó por primera vez, en segundo año, dos semanas después de conocerme. Dejé que lo hiciera. Cuando el beso terminó, me metí en el auto y encendí la radio, justo sonó una canción que a Webber y a mí nos gustaba mucho: *come back to me, come back*. Y lloré hasta que me latieron las mejillas y el pecho.

—Te conozco, Rosa, mejor que nadie en el mundo. Yo estuve ahí cuando no tenías a nadie. Y nunca me diste una oportunidad. Porque siempre estabas sufriendo por ella, una mujer que no te merece.

Él camina de un lado a otro a los pies de mi cama. No le tengo miedo. Dice que me conoce y así es, pero yo también lo conozco. Estuvo enamorado de mi por años. Puede tenerme en esta espiral por siempre, pero nunca me pondrá una mano encima. Después de todo, es mi mejor amigo.

—¿Y de repente ya no la querías más? ¿Y te enamoras de un hombre que ni siquiera es uno de nosotros? ¿Cómo te va a entender él de la misma forma que yo? Yo sé lo que necesitas. Necesitas a alguien fuerte. No puedes esperar ser feliz para siempre con él.

Ya hace tres años que estamos casados, le quiero decir. *Juntos por cinco años*. Pero, claro, ya se lo dije todo antes. Cada año desde que Logan y yo empezamos, Archer se desmoronó, me dijo que me amaba, luchó para evitarme, y al final cedió. Al final siempre hubo una conversación en la que Archer decía que iba a aprender a verme solo como una amiga. Soy una idiota. Pero no sé como dejar ir a mi único amigo de verdad. Esta vez fue demasiado lejos, hizo la única cosa que prometió que nunca haría aquella vez cuando nos compartimos nuestras rarezas. Usó su poder contra mí. Nunca lo voy a perdonar.

—Solo una oportunidad, Rosa, es lo único que pido.

Se detiene, retorciendo las manos sobre su pecho como si en cualquier momento se fuera a arrodillar junto a mi cama y empezar a rezar.

—Soy el mejor hombre para ti.

En vez de contestar, lo escupo, pero la gota cae a sus pies. El la mira, y luego me mira de nuevo.

—Como quieras.

Y estoy cayendo de nuevo, agarrándome el estómago para evitar vomitar.

—¿Qué te pasa, querida?

La mano de mi madre me sostiene. Cuando finalmente me puedo parar me sorprende una escena que no he visto en mucho tiempo; mis padres sentados juntos en el sillón, mirando una película, que en ese momento está en pausa. Me siento mas joven de lo que soy, llena de nerviosismo cuya razón no puedo adivinar. Mi estomago es un nudo, y no sé si fue por la transición o por algo más.

—Pareces medio muerta —dice mi padre, dándole una palmada al

sillón—. Siéntate. Lo que sea que nos quieras decir, no puede ser tan malo. Descárgate con nosotros”.

Mamá asiente.

—Nosotros podemos manejarlo, sea lo que sea.

Me hundo entre los almohadones del sillón, miro la pantalla de la televisión. Es una de superhéroes. Me río, después recuerdo lo que les tengo que decir en ese momento. Nunca les conté sobre mi habilidad, sobre El Tablero. Nunca quise que pensaran de una forma diferente sobre mí; ese fue el único secreto que nunca les conté.

—Conocí a alguien —digo.

—Bueno, eso está muy bien —dice mi papá.

—¿Quién es? —sonríe mi mamá y me aprieta la rodilla—. ¿Y cuándo vamos a conocerla?

—Su nombre es Logan —digo.

Me siento un fraude. Después de años de decir que nunca podría amar a un hombre, estoy admitiendo que estaba equivocada. Sé que ellos, aunque aceptaron enseguida mis relaciones con mujeres, no lo entienden. Me puede ver o gay o hetero, pero nunca seré ambas cosas a sus ojos. Ellos nunca me conocerán, no de verdad. Ahora piensan que todos los años anteriores no fueron nada para mí. Solo eso, una parte enterrada en el polvo.

Sería más fácil decirles lo contrario. Pero en una ciudad del sur, en una familia del sur, las palabras se te pegan en la garganta hasta que te rendís y te las tragás.

—Genial —dice mi papá.

Mi madre se muerde las uñas. *Los hombres son criaturas diferentes*, me dirá después. *Ten cuidado, Rosalinda*. “Nos viene bien tener a otro hombre en la familia”.

Después de salir del closet, de nuevo, frente a mis padres, después de sentir como si hubiera renunciado a una parte de mí, ser trasladada de nuevo junto a Webber es como una bienvenida al hogar.

Ella me cocina: pollo ennegrecido y ensalada engrosada con aderezo espeso y té dulce para tomar. Lavo los platos. Ella vive sola, los padres la echaron de la casa después de que les contara. Yo tuve suerte.

Cuando nos besamos, y nos tiramos en su cama, pienso en resistir. Me imagino el cuerpo de Logan, luego el de ella, después de nuevo el de Logan. Su sudor es picante y dulce y su piel huele a rayos de sol. Ella junta sus manos y cierra los ojos, la tela de las sábanas de su cama forma un

diseño de rosas que nos envuelve y nos junta.

—Te amo —dice.

Yo ya no, aunque desearía poder hacerlo. Pero ella necesita escucharlo o la tarde se echará a perder como la leche que dejó sobre la mesada (que después encontraré sobre la pila de platos limpios en el secadero). Le respondo:

—Yo también te amo.

Casi se siente verdad.

La siguiente vez que la transición me lleva cerca de Logan, no puedo besarlo. Racionalizo que estando con Webber, si no hubiera sucumbido, si no hubiera repetido el recuerdo como si hubiera sido la primera vez, eso habría causado una grieta en mi pasado. Pero se que el tiempo no es tan frágil. Un poco recuerdo de las divagaciones de Archer, en las noches acompañadas por cerveza tirada en las que hablaba sobre la inexactitud de los mitos de los viajes en el tiempo.

—Los grandes eventos no son tan fáciles de alterar —decía—. A menos que hagas algo drástico, como matar a un hombre, o quemar un edificio federal, o algo donde ya no tengas el control de lo que te puede pasar, las oportunidades son que el futuro se mantenga igual, que nada cambie.

Y él se asegura de que yo no pueda hacer cosas así. Tengo poco tiempo antes de volver a trasladarme, hasta ser arrojada en otro recuerdo.

Pasó mucho tiempo desde que toqué El Tablero por última vez. Cuando conocí a Logan me dije a mi misma que iba a hacer todo de forma natural. Las habilidades de Logan eran limitadas: cosas normales. Podía tocar el piano. Podía seguir una melodía. Podía cocinar las mejores enchiladas de tomatillo, tan autenticas como las de mi mamá. Y yo quise ser justa con él, escondí El Tablero en un ropero. Ahora sufro por eso. Si pudiera estar con Logan estaría segura de nuevo.

Digo su nombre: Logan. Siento que hace una vida desde que dije su nombre. Estamos en nuestra luna de miel, un recuerdo agradable estropeado por la mierda de Archer, estropeado por el olor del shampú de coco de Webber que permanece en mi nariz. Logan está parado junto a la ventana del cuarto de hotel, mirando hacia una ciudad de Sudamérica que nunca podríamos haber llegado a visitar; sus padres nos prestaron el dinero. Nunca podríamos devolverles el dinero. Fuera de la ventana, parejas de jóvenes caminan abrazados, mareados, borrachos y seguros de sí mismos. Logan y yo ya no sentimos el calor de esa lujuria nueva, y es bueno tener

un amor calmado y amable. Pero los envidio un poco.

—Estoy fuera del tiempo —digo—. Archer me arrancó del tiempo.

Logan se da vuelta, y la luz le pega desde afuera. En un flash, su cada se vuelve una calavera; su cara es la cara de Archer.

Grito, me caigo de la cama. Él me ofrece su mano.

—¿Qué te pasa? —me pregunta, frenético—. ¿Amor, qué pasa?

Pero ya es tarde; me estoy yendo. Me fui.

Archer tiene más control del que pensé. No puedo llegar al tablero sin trasladarme. No le puedo decir a nadie lo que pasa. No me deja mucha opción. No quiero estar más confundida. No quiero ser la persona que fue. Quiero mi marido y mi vida y mi mejor amigo de vuelta. Pero sé que esa última parte la voy a tener que dejar ir.

Conocí a Archer en segundo año. En una fiesta de Halloween, yo estaba vestida de la mujer maravilla. El era Lex Luthor. Eramos los únicos superhéroes en la fiesta, atraídos uno al otro moviéndonos a través del cuarto con música pop mala y charlas de borrachos. Creo que debemos haber presentido nuestro secreto compartido. Éramos de los pocos que había elegido quedarse con la bacteria, mantener nuestras habilidades. Webber no estaba; habíamos estado peleando. No recuerdo sobre qué.

Estoy sorprendida de que Archer no me hizo revivir ese momento todavía. Me sorprende no haber visto tanto a Archer como pensé que lo vería. Pensé que prepararía el viaje para que parara en él con más frecuencia. O aparecería de nuevo, como hizo cuando estaba enferma. Quizás sea un límite que no puede cruzar.

—¿Eres una de nosotros, no? —me preguntó Archer cuando estábamos fumando en el balcón.

Archer seguía fumando; yo los dejé un año después del colegio.

—¿Nosotros? —le dije.

—No encontré nadie todavía, en este colegio, pero hay mucha presencia on line.

Asentí.

—Soy una de ustedes —dije—. Mi novia también.

—¿Cuál es tu poder? —me preguntó.

—¿Cuál es el tuyo?



Ilustración: Marina Dal Molin

Esa fue la primera vez que me tocó, su dedo en mi brazo. Me sacudí. Me dio piel de gallina. Sentí que me caía, una niebla confusa en mi cabeza, una confusión que me dominó hasta que me di cuenta de que estábamos en la niebla del tiempo detenido. Detrás de nosotros, un hombre tenía un pie fuera de la puerta y uno dentro, su boca estaba abierta en una de esas expresiones ridículas como cuando se pausa una película mientras el actor está hablando.

—Ven conmigo —me dijo.

Fuimos hasta la piscina del departamento, vacía a esa hora de la noche. Pasamos por la puerta abierta. El me empujó al agua. El chapuzón se freezó en el aire. Agarré sus pies y lo empujé también. Mi estómago se sintió liviano, como si pudiera acostumbrarme a esto, a los hombres. Pero cuando volvimos a la fiesta y el tiempo volvió a su ritmo, seguimos hablando, tomando Shiner Bock hasta que se durmió, y cambié de opinión, no por primera vez. Los hombres no eran para mí, no a esa edad por lo menos.

Le deseé buenas noches. Intercambiamos números. Después de ese ese beso incómodo cuando Webber y yo rompimos por primera vez, después pasaron semanas y nos seguimos hablando, después de que él conoció a Webber cuando ya estábamos juntas de nuevo y se llevaron bien casi como hermano-hermana, después que él fue capaz de abrazarme cuando volvimos a cortar sin tratar de besarme, supe que seríamos amigos por un tiempo largo.

La vez siguiente que la espiral nos juntó, se traslada a un tiempo anterior a esta locura, yo lo abrazo. Volvimos de una fiesta; el saca sus

cartas de tarot, un hooby breve que tuvo.

—¿Sobre qué quieres que pregunte? —me dice, nuestras rodillas casi tocándose, sentados con las piernas cruzadas en el piso.

—Sobre nosotros —digo—. Pregunta por nuestra amistad.

Pero en el momento en que da vuelta la primera carta (la torre, rompiéndose en pedazos) nos interrumpe un golpe en la puerta.

Nunca terminó esa tirada. Webber entra, temblando llena de energía.

Salgamos, dice. La lampara de vidrio en mi mesa de luz titila. Webber y Archer van hacia la puerta. Les digo que vayas, que yo después los sigo. En el recuerdo real voy hasta El Tablero y pincho una foto de Archer y yo, espero que seamos amigos por siempre, no importa que. Pero esta vez no lo hago. Quiero revivir este recuerdo, y si voy hacia El Tablero se va a terminar ahí.

Caminamos en la noche. Archer detiene el tiempo, y Webber hila redes del pasto y la arena mientras la miramos crear su arte entre los edificios del campus. Nos sentamos en el paso, lo suficientemente lejos de ella para no ser atrapados en el fuego cruzado, y reimos y nos tiramos en el pasto a mirar el smog cruzar las estrellas. Desearía poder amarlo. Desearía poder olvidar el hombre en casa, y seguir el programa loco de Archer. Sería más fácil.

Logan está esperando. O no esperando, porque el tiempo posiblemente se ha detenido para él, porque no se ha dado cuenta de mi ausencia todavía. Me gusta pensar que él puede sentir que me fui como si fuera una extremidad suya desaparecida. Pero quizás no es así.

Mientras miro a Webber crear sobre el pasto, tanto poder en sus manos, parte de mi la desea también. Porque somos una para la otra en alguna forma, más que Logan y yo. Crecimos juntas, nos descubrimos a nosotras mismas juntas. Las dos tenemos poder en la palma de nuestras manos. Pero sé que si estuviera con ella, aún extrañaría la parte de mi misma que lo ama a él, a un hombre, que ama al único hombre para mí.

Cuando vuelvo a caer a la espiral, todo se vuelve un juego de esperas. El momento perfecto. Lo sabré cuando esté en él.

Lleva un tiempo que no puedo cuantificar. El tiempo significa poco para me, tironeada dentro y fuera del pasado, empujada a mi niñez, adolescencia, adultez. Mi vida corriendo como escenas en la ventana de un tren.

Después, llega. Un momento menor, nada especial. Es después de esa enfermedad que me deja de cama por un mes. Me encuentro en la mesa del comedor; mi boca tiene gusto a sopa barata de pollo. Me río mirando el bol

lleno de caldo. Debo tomarlo con calma. No se si es posible, pero no quiero que Archer sepa que tengo algo planeado.

Me paro y pongo el bowl en la bacha llena de platos. Cuando abro la puerta de mi habitación, me choco con el olor de la ropa sin lavar y el aire viciado. La botella de antibióticos está donde la dejé, en el cajón de mi mesa de luz. La meto en mi bolsillo.

De vuelta en la cocina, me trago toda la botella.

Cuando vuelvo, estoy en nuestro departamento. Hay una botella de vino tinto sobre la mesa ratona. Estoy tirada en el sofá. Trato de recordar el pasado como creo que sucedió, pero los recuerdos ya no están, solo queda una historia que elijo no contarme.

Conocí un hombre una vez, en una fiesta de Halloween, vestido como Lex Luthor. Yo estaba disfrazada de David Bowie. No teníamos nada en común. Nuestra conversación fue breve. Recuerdo mirar su disfraz y pensar que era un poco triste. Yo había perdido mis poderes un mes atrás: antibióticos. Webber se había enojado, preguntándome una y otra vez por qué había tomado eso. Yo no tenía una respuesta.

Cuando conocí a Logan, esa parte de mí, El Tablero, toda la mierda de los superhéroes, solo era una historia de lo que una vez fui. Éramos los dos gente normal.

Y sobre Webber, bueno, con el primer amor siempre duramos más de lo que deberíamos. La dejé ir, pero dejé las partes que me hicieron lo que soy, las partes que amaron a un hombre y a una mujer de igual manera.

Logan entra en el cuarto, sus manos están húmedas y arrugadas por lavar los platos. Cuando me toca no me alejo, dejo que me refriegue las manos. Me siento en casa de nuevo.

Notas

[1] *Arquero*, en inglés. (N. de E.)

Traducido del inglés por Ana Guido y Spano

La ficción y la poesía de Bonnie Jo Stufflebeam han aparecido en más de 40 revistas y antologías: *Clarkesworld*, *Lightspeed* y *Beneath Ceaseless Skies*. Su ficción ha sido traducida al chino, al francés, al polaco y, ahora, al castellano. En 2015 lanzó un álbum de colaboración entre la ficción y eljazz,

***Strange Monsters*. Pueden seguirla en Twitter (@BonnieJoStuffle) o en su sitio web, http://www.bonniejostufflebeam.com.”**

Los del piso de arriba siempre ganan

Javier Garrido

 **VENEZUELA**

I

El alquiler era en verdad una auténtica ganga, de esas que pueden hacer sospechar que existe gato encerrado hasta al más ingenuo de los aspirantes a inquilino. Un apartamento estudio equipado *full*, con balcón, cocina y puesto de estacionamiento, en una calle tranquila de una urbanización decorosa, en el cuarto piso de un edificio no demasiado viejo, con un ascensor que funciona, definitivamente no podía resultar tan *barato*. Hasta preguntó, medio en broma, si por casualidad el anterior inquilino no se habría ahorcado o cortado las venas en la ducha.

Le explicaron que la dueña estaba urgida de ocuparlo. Era una mujer peculiar, que rentaba en el mismo edificio otros cuatro apartamentos. Al parecer, la idea de tener siquiera uno desocupado la enfermaba.

—Ya lo entenderás que cuando la conozcas. Sus normas son bastante estrictas, aunque muy en el fondo no deja de ser una excelente persona.

De cualquier manera, no podía darse el lujo de ser escrupuloso. Estaba dispuesto a alquilar el apartamento así fuera cierto que el arrendatario precedente se había colgado, tanto como si hubiera sido un asesino serial o si se hubiera dedicado a degollar gallos blancos en un altar montado sobre el inodoro. Le daba absolutamente lo mismo. En otras palabras: estaba desesperado. Más de tres meses de pagar hoteles de calidad menguante había terminado por descalabrar sus finanzas, y ya tenía previsto que a cortísimo plazo acabaría recalando en alguna de las pensiones dudosas e infames del centro. Cuando por azar le hablaron de esa oportunidad, y le mencionaron unas condiciones tan razonables, se le abrió el cielo y sintió que le arrojaban un salvavidas.

Sin perder el tiempo concertó la cita por teléfono, y quedó para esa misma tarde. El apartamento se lo mostró el conserje, un hombre taciturno y aindiado de voz aflautada que no llegaba al metro y medio de estatura; al parecer ejercía también de mano derecha y sicario de la propietaria. Su acento del Perú o de Bolivia era incuestionable.

—¿Cómo se portan los vecinos? ¿Son tranquilos? — preguntó, más que nada por decir algo.

—Tranquilos… sí…

—¿Ha venido mucha gente a ver el apartamento? Me imagino que sí, con lo difícil que está conseguir un alquiler razonable. Con lo carísimo que está todo…

—No…

Todo lucía escrupulosamente pulcro, y en la ducha no se descubrían manchas de sangre. Aunque sonara a chiste, tres semanas antes había estado viendo un tabuco siniestro en el que lo primero que advirtió en el suelo al entrar fue una silueta de hombre delineada en tiza blanca (pero lo que lo disuadió al final de tomarlo fue el monto del alquiler y que exigían por adelantado nada menos que medio año de depósito). Todos los grifos e interruptores de luz funcionaban; había conexión a internet y también un viejísimo televisor de tubo *Magnavox Touch-Tune*. La nevera, pese a ser casi tan arcaica como el televisor, enfriaba y no exhalaba olores sospechosos.

Eso sí, no había lavadero.

—Hay una lavandería cerca, en el centro comercial —le informó el peruano.

—Pues me interesa. ¿Qué tengo que hacer ahora?

—Eso es con la señora Olga.

La señora Olga Portela de Carballo vivía en el mismo edificio, pero en el quinto piso. En cada piso había tres apartamentos, pero el de ella era doble, pues había unido en uno solo el 5-A y el 5-B. El único que quedaba independiente, el 5-C, estaba sobre el que aspiraba alquilar, de manera que sus propietarios pasarían a ser sus vecinos de arriba. Le llamó la atención que este último solo tuviera una sencilla puerta de madera, en tanto que el otro no solo estaba defendido por una pesada reja de hierro con tres cerraduras, sino además por una aparatosa puerta de seguridad.



Ilustración: Pedro Bel

No es que la señora Olga fuera peculiar: resultó ser todo un personaje. Tan pronto Manuel Quispe (que así se llamaba el peruano) le franqueó la puerta, lo agredió un olor a zoológico que de tan intenso resultaba casi sólido, como un puñetazo en plena cara. No menos de una veintena de gatos maulladores, de todo pelaje y tamaño, merodeaban, trepaban por las cortinas, saltaban de mueble en mueble, luchaban, comían, copulaban o reposaban por todo el recibidor. En un par de ocasiones se le cruzaron entre los pies y estuvieron a punto de hacerlo tropezar y caer. Un naranja atigrado muy viejo y canoso, apoltronado en una butaca, lo miró pasar con sus ojos color miel. La patrona lo esperaba en la cocina, con un persa azul descomunalmente obeso acunado en las rodillas.

Esta era una anciana magnifica, gordísima y fofa, con el cutis de un blanco lechoso lleno de vetas azules, los dientes manchados de nicotina y el pelo sin recoger teñido de rojo rabioso. Le recordó, quien sabe porque, a uno de esos sapos que se inflan y abomban cuando están a puntos de ser tragados por un perro. Los pechos inmensos le colgaban hasta la cintura y las piernas llenas de varices confluentes y violáceas semejaban un mapa hidrográfico. A su lado sobre la mesa tenía un cenicero colmado de colillas, una cajetilla exangüe de *Astor* rojo y un mechero *Zippo*. En consonancia con esto, el aliento le apestaba a tabaco.

—¿Gusta un café? Manuel, por favor, se bueno y sírvele un café al señor… Aún debe estar caliente. ¿Está interesado en el apartamento de abajo? ¿Le gustó? Por ese alquiler esta regalado. Si no fuera por la necesidad…

Rechazó el café ofrecido con firme cortesía, no porque no le apeteciera (que en realidad *si* le apetecía, y por el aroma quedaba claro que se trataba de un café de buena estirpe) sino porque había observado a un estilizado *Cornish rex* paseando por entre las tazas, deteniéndose a lametear esta y aquella.

Tras ser interrogado sobre su condición social, sus estudios, su estatus

familiar y sus medios de vida, la señora Olga le recitó las normas como quien repite el credo. Depósito de tres meses a pagar por adelantado, contrato mínimo por seis meses, pago de la mensualidad los primeros cinco días del mes, pago exclusivamente en efectivo o, a título de excepción, cheque conformable, respetar a la comunidad, evitar escándalos, no poner música a volumen excesivo, no llegar borracho, no dar martillazos en la madrugada (tampoco los domingos temprano), no se admiten animales (sic), no orinarse en las escaleras o el ascensor, no tirar colillas encendidas ni basura por la ventana, no robar el wifi de los vecinos, no tirar papeles ni otros objetos al inodoro, no cambiar la ubicación de los muebles, no perder ni sacar copias de las llaves, no merodear ni fumar por los pasillos, respetar los puestos de estacionamiento, no colgar ropa interior en el balcón, no abusar del agua caliente (había un calefón común por piso), si alguna vez traía mujeres por favor que no dieran espectáculo, porque ella sabía bien como eran los hombres solos y había muchos niños en el edificio. Luego le dio a firmar una especie de contrato manuscrito en un cuaderno empastado amarillento, añejo y grueso, y a continuación un cheque por el total monto del depósito y del alquiler del primer mes cambió de manos, quedando asentada esta transacción aparte en un libro de contabilidad tan veterano como el cuaderno. Esto puso fin a las formalidades más o menos legales, pues todo hacía suponer que no estaba previsto que al inquilino se le pudiera ocurrir solicitar una factura.

—¿Cuándo puedo mudarme?

—Ya mismo, si quiere. Manuel, dale su llave al señor.

Le entregaron un llavero con la efigie de la catedral de Santiago de Compostela, con tres llaves en el anillo: la de la entrada del edificio, la del garaje y la de su apartamento.

II

No pudo mudarse en ese mismo momento, porque el hotelucho donde se alojaba quedaba muy a trasmano, pero si al otro día. Antes de las siete de la mañana sacó sus maletas y entregó la llave de aquella habitación que había estado desangrándolo como a una res colgada del gancho en el matadero, y no eran aún las ocho cuando entraba en posesión de su nueva morada. Aunque este no era sino el preludio de una semana ajetreada, pues sus posesiones materiales estaban pródigamente dispersas por los domicilios de al menos media docena de amigos y conocidos. Para la tarde de ese primer día ya había logrado recuperar su equipo de sonido *Technics* (del que se sentía con justicia orgulloso y al que había echado particularmente de

menos). A la siguiente mañana continuó con la mayor parte de su guardarropa, y para el mediodía del jueves ya tenía en su poder su colección de *CD* y vinilos de música clásica. Mientras los extraía de la caja de cartón donde habían estado exiliados durante meses y los alineaba escrupulosamente en una estantería lo reconfortó la idea de que por fin estaba recuperando su vida.

En las muchas idas y venidas de esa semana fue conociendo a algunos de sus nuevos vecinos, más que nada en el estacionamiento y el ascensor. En el primer piso vivía una pareja de españoles muy simpáticos, con una hija universitaria y un zagaletón en sus treinta que por lo que veía se pasaba el día echado en el sofá dedicado a los videojuegos. En el 4-A se domiciliaba una rubia cuarentona muy alta y de buen ver, devota de las lycras, que puntualmente salía a correr con su *Golden Retriever* todos los días a las seis y media de la mañana y de nuevo a las cinco de la tarde. En el 3-B vivía un abogado con su familia, y en ese mismo piso, pero en el 3-C, los chinos dueños de un almacén. Quitando a los chinos (que no parecían muy dados a opinar) todos aquellos con quienes se cruzaba y entablaba conversación, una vez enterados de que era el inquilino nuevo del piso 4, no se cortaban en acribillarlo con amargas inventivas y quejas contra su casera y también contra el conserje, al que imputaban ser un mero instrumento de sus intereses.

—¿Y si es así, por que no lo despiden y contratan a otro? — le preguntó al abogado, en la ocasión en que este lo ayudo amablemente a subir unos cajones hasta su apartamento.

—Bueno, aquí vivimos trece familias, pero solo somos ocho propietarios, y la señora Carballo es dueña sobre los papeles de siete de los apartamentos. Y como a las reuniones de la Junta de Condominio nunca va nadie, ella siempre tiene mayoría y hace lo que le da la gana. Fíjese en la prohibición de mascotas: fue idea de *ella*. ¿Se lo puede creer? La verdad es que tampoco nadie se la ha tomado muy en serio.

Le chirrió un poco lo de las trece familias. Según sus cuentas, los apartamentos eran catorce en total, incluyendo el doble del *pent-house*. ¿Habría alguno desocupado? ¿O habría algún otro dueño de más de uno?

Pero la verdad es que por ahora esas minucias de la política interna del edificio ni le iban ni le venían.

Algo más inquietante fue su encuentro con la señora Ilárraza, la vivaz y maliciosa anciana del 2-C. Se habían saludado en el vestíbulo del edificio, y luego fue a tropezársela en la carnicería, adonde había ido a comprar huevos y unas chuletas para la cena de esa noche.

—¿Así que usted es el nuevo incauto que le alquila a Olga el apartamento del cuarto piso?

—Pues sí, debo ser ese que usted dice. Pero, ¿a qué viene lo de “incauto”? ¿Hay algo que debiera saber y nadie me ha dicho?

—¿Saber? No, nada, como se le ocurre… Dios me libre de andar hablando mal de Olga, que es una santa mujer. ¿Ya conoció a todos los vecinos? En especial a los de arriba…

—Me temo que no, pero…

—Entonces, no tiene de que preocuparse. Yo solo vine por tres cuartos de kilo de lagarto sin hueso. ¿Ya estará listo? ¿Cuánto es? ¿Tanto? La semana pasada pague *la mitad* de eso. ¿Cómo que donde? Aquí, por supuesto, y usted mismo me atendió. Es usted un ladrón. Si, le dije ladrón. ¡A usted, sí! Yo compro donde me dé la gana, que para eso es mi dinero. Ya la pensión ni alcanza para malcomer…

—¿Los vecinos de arriba?

—Usted tranquilo. No se gana nada haciéndole caso a viejos, que solo servimos para hablar pendejadas, y me perdona por la mala palabra. De mi parte solo hay buenas intenciones y mejores deseos, y espero en verdad que dure más que el anterior inquilino. ¡Cóbrese su mierda de una buena vez!

Y tras arrojar a la cara del carnicero el puñado de billetes, se fue con su bolsa, dejándolos a los dos con las palabras en la boca.

De regreso vio a Manuel Quispe regando los maceteros de la entrada. No pudo resistir la tentación de preguntarle.

—Oí que tuvieron algunos problemas con el inquilino que me precedió. Me gustaría saber exactamente qué ocurrió, para no incurrir en lo mismo. ¿Sabe?

—Ninguno.

—¿Seguro? Pero me dijeron…

—No, nada. Ese apartamento llevaba tiempo sin ocupar. No recuerdo.

Para ser alguien que casi no hablaba, dar tres respuestas en una y además en contradicción, debía resultar una especie de hazaña épica.

Prefirió dejarlo así. Regresó al apartamento para preparar algo que se pareciera a una cena de verdad (ya lo tenían harto los sándwiches, los perrocalientes y las hamburguesas), y se le ocurrió que ya a estas alturas podía relajarse un poco y celebrar. De manera que destapó una *Solera Light* recién sacada del congelador, y puso en el *Technics* el *CD* de las *Estaciones* de Vivaldi, en la versión de 1959 de *I Musici* con Felix Ayo, para oírlo

mientras cocinaba. Disponía también de otras dos grabaciones, mucho más modernas, más fieles y (supuestamente) superiores, la de *Il Giardino Armónico* y la de los *Sonatori della Gioiosa Marca*, con instrumentos de época, pero de todas formas seguía prefiriendo el sonido limpio, pulido y civilizado de los *I Musici*, por mucho que tuviera claro que Vivaldi nunca hubiera imaginado sus obras interpretadas así.

Aunque obviamente, al pobre Vivaldi a esas alturas eso poco podía importarle.

Se comió con buen apetito las chuletas, acompañadas de arroz blanco, de una ensalada rallada de repollo y zanahoria que había comprado en el supermercado y de otra botella de *Solera*, mientras veía en el ancestro de todos los televisores y sin prestarles mayor atención las noticias de CNN. Ya casi había terminado cuando oyó *aquel ruido* en el piso de arriba.

Le resultó insólito debido a que las dos primeras noches sus vecinos del quinto no habían dado señales de vida. En apartamentos tan pequeños y no precisamente nuevos resulta esperable que la actividad en uno se perciba y repercuta en los otros: se oyen pasos, un perro ladrando, un mueble que se arrastra, cualquier objeto que cae, o el rumor del agua corriendo por las cañerías al ducharse o al jalar la palanca del inodoro. Tampoco se los había encontrado ni una vez en el ascensor (hasta el momento, el único al parecer interesado en subir hasta el quinto piso, y que lo había continuamente, era el conserje). La verdad es que inconscientemente ya había dado por sentado que el apartamento de arriba se encontraba vacío.

Escuchó una serie de seis o siete ruidos secos y duros, cada vez menos intensos y más rápidos, que terminaban fusionándose y luego se extinguían. En otras palabras, exactamente lo que ocurre cuando alguien deja caer al piso una pelota pesada y rígida. El ciclo completo se repitió en tres ocasiones y luego se restauró el silencio.

Paradójicamente, fue ese *silencio* siguiente el que hizo que se le erizaran los cabellos de la nuca. Como si de pronto faltara algo crucial.

“Coño. Estoy que no me reconozco. ¿Desde cuándo estoy así de impresionable? Voy a necesitar tomarme un *Lexonatil*. O mejor, dos”, pensó.

Pero en el resto de la noche no ocurriría nada más que reseñar. Después de fregar y secar los trastos, ubicó la laptop en el mesón de la cocina, comprobó que tenía conexión a internet, y se dispuso a adelantar algo de los trabajos pendientes, pues la mudanza había ocasionado que todo en esa semana se le retrasara. Como por lo visto seguía apeteciéndole el barroco, puso, a bajo volumen, un poco de Bach.

III

La noche del viernes el episodio de los golpes en el techo se repitió punto por punto, y exactamente a la misma hora.

Pasado el sobresalto, consideró por unos momentos si aquello era suficiente razón para presentar una queja. Como inquilino nuevo todavía navegaba en el limbo, y ciertamente, ni quería ni le convenía de buenas a primeras adquirir fama de problemático o quisquilloso. Además, todo el evento no habría durado, cada noche, más de treinta segundos, y a una hora que sería una exageración denunciar como avanzada.

Diferente sería si hubiera ocurrido en la madrugada y lo hubiera despertado.

De todas maneras, cedió a la tentación de salir al corredor e incluso de asomarse al hueco de la escalera, escrutando hacía el piso de arriba sin saber muy bien que estaba buscando. En eso oyó pasos que *subían* desde abajo. Al mirar vio que quien llegaba era el conserje, trayendo en brazos al descomunal persa azul de la casera.

—Buenas noches.

—Buenas noches señor.

—¿Sacó a pasear al gato?

—Se ha escapado.

—¡Vaya! Que travieso. Y hermoso el animalito. ¿Cómo se llama?

—Gaspar. Con su permiso.

Y sin más palabras lo vio seguir escaleras arriba con Gaspar. Percibió entonces olor a humo de cigarrillo y se dio cuenta de que en la escena había un tercer personaje. Junto al ascensor, en el extremo del pasillo opuesto a la escalera, había un balconcillo que daba a la fachada del edificio. De allí venia el aquel olor y la fumadora era su vecina, la rubia cuarentona y de buen ver, que lo estaba observando con expresión burlona.

—Hola. ¿Se te perdió algo?

Le extrañó el tuteo y también que una mujer en apariencia tan preocupada por su condición física fumara. A decir verdad, le chocaba cualquier mujer con un cigarrillo entre los dedos, y tenía la impresión de que últimamente caían en ese indecoroso vicio incluso más que los hombres. ¿Se llamaba Estela? Creía recordar que ese era el nombre que le dio cuando los presentaron. En lugar de su habitual lycra vestía de *jeans* y una blusa malva. No pudo evitar fijarse en que la blusa tenía desabrochados

en la parte de arriba un par de botones que no deberían estarlo, lo que ciertamente hacía muy *complicado* el mirarle a la cara mientras hablaba.

—Oí un ruido y salí a ver. Pero parece que no fue nada.

—¿Un ruido?

—Si, en el apartamento de arriba.

—¿En el apartamento de arriba? En verdad eso sería extraordinario. Yo solo salí a fumarme el último cigarrillo de la noche. Odio fumar dentro de la casa porque el olor se les pega a los muebles, pone las paredes amarillas y le da asma a mi perro. Debo admitir es que es un asco de vicio. ¿Eres músico? —le preguntó de improviso.

—Er… la verdad es que no…

—Siempre oigo que pones música clásica.

— ¡Dios! No pensaba estar abusando del volumen y espero en verdad no haber molestado. De verdad me apena…

—Tranquilo, que solo se te escucha desde el pasillo. La he oído cuando regreso de caminar o al salir a fumarme un cigarrillo. No me molesta para nada. Y al menos no pones reguetón, o alguna mierda así, como los subnormales del segundo.

—¿Eres aficionada música?

—La verdad es que no me apasiona. Solo en fiestas y en el reproductor del carro, y cosas sencillitas de escuchar, como baladas y cosas así. Mi *ex* era fanático del rock hasta el punto de resultar cargante; podía hablar del tema por horas, mientras a su alrededor todos bostezaban de tedio. ¿Te ha gustado el apartamento?

—Hasta ahora me parece muy cómodo, y con unos vecinos tranquilos y agradables.

—Respecto a los vecinos difiero, pero sentirse cómodo es lo principal. Aunque lo de los malditos gatos es una pura chifladura. La vieja loca del último piso intentó prohibir que los demás tuviéramos mascotas, pero le paramos los pies. Pero ya está bueno de charla por hoy. Me toca retirarme: me acuesto siempre temprano para madrugar. Tengo la absurda esperanza de que el ejercicio me salvara de que el tabaco me mate —y tras destripar la colilla contra la baranda la arrojó al vacío, y luego se abotonó la blusa.

—¡Espera! Solo una pregunta más. Me han mencionado que el anterior inquilino de mi apartamento tuvo no sé qué problema. ¿Qué sabrás de eso?

—¿Agustín? Realmente parecía una persona muy normal, y siempre

saludaba…

—¿Perdón?

—Es solo un chiste. Cuando descubren a algún asesino serial o violador, y en la televisión entrevistan a sus vecinos, eso es lo que siempre dicen, que parecía muy normal y que saludaba. ¿Nunca te has fijado?

—La verdad es que no había caído en eso.

—Si hubo algún problema, ni me entere. Agustín era un tipo muy callado y ordenado, pero tampoco es una obligación ser la alegría de la fiesta. Si te soy sincera, ni me di cuenta de cuando se marchó.

—¿Fue hace mucho?

—Un mes, quizás. O a lo mejor dos. Tampoco es que llevara mucho tiempo aquí.

IV

Había previsto que para el sábado tendría finiquitados los detalles que le faltaban de la mudanza. Le faltaba por recoger un par de cajas de libros y otra de recuerdos, fotografías, tarjetas, cartas y cosas por el estilo.

Al pasar por el vestíbulo con rumbo al garaje se detuvo un momento frente a los buzones de correo; solo entonces cayó en cuenta de que no le habían entregado la llave del suyo (aunque no creía que fuera a necesitarlo mucho). Se fijó que todos estaban cerrados, excepto uno, y precisamente el del 5-C, el de sus vecinos de arriba.

Quizás debiera pasar a visitarlos para matar la curiosidad acerca de su actividad nocturna: lucidamente previó que no lo haría. No se veía subiendo la escalera para pulsar el timbre y simplemente decir: “Hola, soy su nuevo vecino, el del apartamento de abajo. ¿Por qué rebotan esa pelota siempre a la misma hora?”. De paso, había ocurrido solo dos veces. Dos puntos definen una recta, pero dos veces es diferente de “siempre”. Tampoco era tan raro que aún no se hubiera cruzado con ellos en el ascensor o la escalera: sin ir más lejos, aún no tenía idea de quién o quienes vivían en el 4-B, y estaban prácticamente puerta con puerta.

Lo que había presupuesto con optimismo sería una gestión simple terminó por convertirse en una pesadilla. Al llegar a la casa de su amigo (que estaba ubicada muy retirada en las afueras) pasaban ya de las diez de la mañana, pero resultó que este había salido y que nadie más tenía idea del paradero de sus cajas. Le informaron que regresaría sobre la una de la tarde. Para no perder el viaje y matar el tiempo se le ocurrió llevar a cambiarle el

aceite al *Fiesta*, pero no encontró ningún taller abierto. De regreso de su improductiva búsqueda pinchó un neumático. A la una, su amigo no había regresado aún, y resultó además que cargaba con las cajas en su propio vehículo: por lo visto había tenido la intención de llevárselas el mismo para ahorrarle el viaje. Apareció por fin sobre las tres. Las fulanas cajas resultaron ser bastante más grandes de lo que recordaba, y solo le cupieron dos en el maletero. La otra fue a parar al asiento de atrás, pero su fondo cedió y el contenido terminó regado en el piso del automóvil.

Termino regresando a su casa después de las cinco, harto, extenuado y con un dolor de cabeza feroz. Se tragó de golpe cuatro tabletas de paracetamol, se dio una ducha y luego se tendió en la cama. En principio no tenía el propósito de dormir, pero sin darse cuenta fue cayendo en un semisueño turbio, orlado con las punzadas de la migraña.

Lo despertaron los golpes en el piso de arriba.

Abrió los ojos. Se dio cuenta de que el dolor de cabeza casi se había ido y pudo ver que ya estaba oscuro, pues cuando se recostó todavía era de día y no había encendido la luz. La siesta inadvertida había durado más de tres horas.

Oyó la segunda serie de golpes, y luego la tercera. Pero tras extinguirse esta última, a diferencia de los días anteriores *no* siguió el silencio. En su lugar pareció como si se hubieran puesto a empujar un mueble muy pesado a todo lo ancho del techo. Continuó luego un crujido como de madera a punto de romperse, y finalmente, una detonación seca. Pausa. Enseguida, una carrera ejecutada por una docena de pares de pies calzados con zuecos de madera.

"¿Qué coño está pasando?"

El dolor de cabeza comenzó a latirle de nuevo.

Cesó el bailoteo de los zuecos y se oyó como se desparramaba un millón de bolas metálicas.

Era enloquecedor.

—Se están luciendo, hijos de puta…

Por lo visto, ahora si le había llegado la hora de presentarse a sus vecinos del piso de arriba. Se puso el pantalón y la primera camisa que encontró a mano.

La puerta del 5-C Lucía extrañamente patética, inocente y callada, en particular en comparación con la ominosa reja del apartamento de enfrente, detrás de la cual se percibía un apagado coro de maullidos. Aún dudó unos segundos antes de pulsar el timbre: demasiado silencio, incongruente con el

escándalo que había escuchado desde su piso. ¿Se habría equivocado? Imposible: el ruido venía de *arriba*.

Pero el silencio en verdad no era total: oía música. Tras tocar un par de veces, la puerta se abrió.

Quizás La distribución interna de aquel apartamento fuera radicalmente diferente a la del suyo: lo cierto es que lucía *mucho* más grande. Las luces atenuadas no le permitieron discernir mayor cosa de su interior y ciertamente, lo que había escuchado era música, aunque a un volumen tan discreto que no alcanzaba a reconocerla. ¿Oía también una máquina de escribir? Pero no había ni el menor rastro de maderas crujientes ni de bailarines en zuecos.

Tardo algo más en darse cuenta de quien le había abierto la puerta: vio a una niña de unos siete u ocho años, muy delgada, descalza y vestida con una camisola estampada de ositos, de inmensos ojos ámbar llenos de sueño y la cabellera entre rubia y pelirroja. Era una niña tan bella que casi daba miedo.

No pudo menos que sentirse extremadamente estúpido y ridículo.

—Hola nena. ¿Está tu papá o tu mamá?

—Papito si está, pero está ocupado.

—Soy el vecino nuevo, el del apartamento de abajo, y solo quería ver si estaban bien. Oí unos ruidos raros. ¿Puedo hablar con tu papá?

—Papito está ocupado. Quizás se desocupe más tarde. ¿Quiere pasar a esperarlo?

—¿Pasar? ¡Ejem! Creo que mejor no. Si está tan ocupado…

—A esta hora siempre está atareado. Es por su trabajo, ¿sabe? Es un trabajo muy importante.

—Entonces paso luego. Chao, nena.

—Hasta luego, señor.

La puerta se cerró antes de que terminara de entender que había ocurrido. Ciertamente, si tenía algunos vecinos escandalosos, no parecían ser los de aquel apartamento. ¿Estaría perdiendo el juicio? Incluso verificó que al pulsar en el ascensor el botón del cuarto piso, se abría al suyo, y al pisar el del cinco al siguiente. No había pisos intermedios. Subió y bajo las escaleras un par de veces: dieciséis escalones tras salir de su apartamento lo ponían frente a la puerta del 5-C.

—¡Dios! ¿Estaré alucinando? —pensó en voz alta.

Ya de regreso confirmo que la tranquilidad era total, lo que agravó su

sensación de bochorno. A lo mejor si había alucinado. O quizás se trataba de alguna perturbación en la estructura del edificio o en las cañerías de agua. ¿No sería esa la causa de que el alquiler fuera tan razonable?

"Claro que sí. Me voy a ganar el premio a la explicación más estúpida. Mañana le pregunto al conserje, por si sabe algo. Aunque seguro que no".

En cualquier caso, ya tenía hambre. Como salir a cenar le pareció excesivamente complejo optó por prepararse unos huevos revueltos y unas rebanadas de pan tostado. Cuando estuvieron listos lo venció la tentación de comer en la cama, y para distraerse puso en el televisor el *History Channel*, donde, como cosa rara, daban un documental riguroso sobre la huida de Hitler a La Atlántida, con abundancia de evidencia y testigos contundentes e irrefutables. Recordó que hacía un par de semanas la huida había sido a Carmen de Patagones o a algún otro lugar parecido.

Apenas había tragado un par de bocados cuando los ruidos se reiniciaron. Esta vez empezaron como un soplido bajo y ululante, seguido de una sucesión de crujidos y golpes secos y finalizaron con unos arañazos, como si un perro gigantesco estuviera escarbando en su techo. Atónito, se aproximó a la ventana, y luego a la puerta: resultaba indiscutible que los ruidos eran mucho más fuertes en el centro del apartamento, e inapelablemente venían de *arriba*. Sacó la escoba del armario y golpeó dos o tres veces el techo con el mango. Los ruidos cesaron en el acto, pero no habrían transcurrido cinco minutos y apenas intentaba retomar la cena cuando arrancó el zapateo de los zuecos.

Eso ya era demasiado.

—Ahora si me van a oír.

Pulsó el timbre con impaciencia. Ya no le importaba parecer descortés, y juró que en esta ocasión no iba a valerles utilizar a una niña como escudo y coartada para el abuso.

Se volvió a abrir aquella puerta y esta vez sí pudo reconocer la música: ¡Bruckner! Tercer movimiento de la séptima sinfonía. Ya no se oía la máquina de escribir ni se encontró con la niñita en el umbral de la puerta. En su lugar lo encaró un anciano muy alto, de aspecto digno y sereno, pálido, erguido, de bigote pulcramente recortado y con el cabello completamente blanco peinado hacia atrás. Aunque tenía sobre las pupilas un velo lechoso se notaba bien que habían sido antes de un castaño muy claro. En la mano izquierda traía una copa con agua.

La inesperada conjunción de Bruckner con aquel viejo majestuoso desarmó lo que hasta un segundo antes consideraba una ira justa.

—Buenas noches, joven. ¿Qué se le ofrece?

—También buenas… Verá…. Soy su vecino de abajo… —atinó a balbucear.

—¡Ya! Usted debe ser el joven que se acaba de rentar al 4-C. ¿Me equivoco?

—Para nada. Verá usted, he venido a molestarlo por…

—Ya estaba al tanto de que quizás pasaría por aquí.

—Sí, claro, verá… Los ruidos…

—¿Ruidos?

—Pues verá, si, estaba cenando y de pronto…

—Por supuesto, me hago cargo. A la mayoría de la gente no le agrada la música clásica; tristemente, la asimilan a iglesias, funerales, golpes de estado y cosas por ese estilo. Y si hablamos del pobre Bruckner, la cosa incluso es peor. Pero al final cada cual es dueño de sus gustos. Lo que no se siente en el alma no puede obligarse o imponerse. Aunque la verdad es que no me imaginaba que mi música pudiera oírse, y mucho menos molestar, en el piso de abajo. Le ofrezco mis apenadas disculpas, joven.

—¡No! No me refiero a la música… La verdad es que soy un apasionado de…

—¿No es por la música? Entonces la verdad es que no entiendo a qué se refiere. ¿No quisiera pasar? La verdad es que se me está pasando la hora de los medicamentos. Podríamos charlar sentados y cumplir con mi horario. Cuando llamó a la puerta, estaba a punto de comenzar con mi ritual nocturno.

Y le mostró en la palma derecha seis o siete pastillas multicolores y de varios tamaños.

—Mi médico me recomendó tomarlas de una en una, dejando pasar unos minutos. Hay dos para el corazón, una para la tensión, una para dormir, otra para el colesterol, otra para la digestión. Hoy todo se arregla con pastillas, aunque cuando llega la hora ninguna vale. Le juro que es un fastidio. Pase adelante, por favor —y se hizo a un lado como para dejarle paso.

—La verdad no creo que… Supongo que todo ha sido una confusión. No quiero seguir molestándolo.

Esta vez marcó *PB* en los botones del ascensor. Quería creer que el conserje *tenía* que saber lo que estaba ocurriendo.

Sobre todo, lo mortificaba la sensación de estar haciendo el ridículo.

No parecía verosímil ni razonable que un caballero de edad provecta o una nena adorable se dedicaran un sábado en la noche a arrastrar muebles o a zapatear como posesos para molestar al vecino de abajo. ¿O si era factible? Otro detalle que ignoraba era *cuanta gente* vivía en aquel apartamento. Por muy diferente que fuera la distribución respecto al suyo, seguía siendo un apartamento tipo estudio, de un solo ambiente. La niña debería tener una madre. ¿Y padre? No le cuadraba que fuera hija del anciano, así que "papito" sería alguien más. Aunque se han visto cosas más extrañas. Sin salir de…

A la izquierda del ascensor y justo antes de entrar al garaje se encontraba la puerta de la *CONSERGERIA* (así, con "g", tal y como lo denunciaba para la eternidad una pequeña placa a su lado). Constató que todavía no eran las diez de la noche, pulsó el timbre y esperó.

Nada.

Insistió un par de veces más. Detrás de la puerta no se oía el menor ruido, y ya estaba a punto de rendirse cuando la hoja retrocedió de golpe. En el umbral apareció un Manuel Quispe tambaleante y íntegramente desnudo, con el torso brillante de sudor, los genitales al aire y la mirada extraviada, llevando alrededor del cuello un collar de flores plásticas y en la mano derecha una cimitarra de juguete. Alcanzó oírlo mascullar algunas palabras, pero la casi tangible vaharada a aguardiente que lo golpeo volvió superfluo cualquier comentario.

—Tranquilo, no se preocupe, que no era nada. Siga en lo suyo.

Por lo visto, en aquel edificio ocurrían cosas muy raras los sábados por la noche.

De regreso reflexionó que, sin llegar a semejante estado, tomarse un trago quizás no fuera después de todo una opción tan mala. Recordó que en alguna de las cajas que aún no había abierto debía tener una botella de *Black & White* sin descorchar. De regreso a su apartamento comprobó que todo estaba tranquilo (sospechosamente tranquilo, pensó con aprensión), y como ya no tenía hambre, guardo los restos de la cena en la nevera. La verdad es que tampoco le interesaba ya la bebida, pues en realidad lo que le apetecía era darse una ducha y acostarse a dormir, pero actuando por pura inercia se puso a revisar las cajas, con la extraña suerte de dar con la de la botella a la primera.

"En fin, si esto tocaba hoy, que así sea" (y tras romper el precinto puso dos dedos de whisky en un vaso, hielo y un poco de agua. Se lo fue tomando a pequeños sorbos, mientras miraba al techo con desconfianza.)

"Por lo visto, terminarían por hoy. En cuanto el conserje este sobrio, le

presentaré la queja. O quizás sea preferible hablar directamente con la señora Olga" (aunque en realidad estaba más que seguro de que no iría a quejarse a ninguna parte, pues llevando menos de una semana de inquilino no quería ganarse fama de problemático).

Se recostó con el vaso de whisky en la mano y aunque aún era temprano se fue aletargando.

Pero no alcanzó a dormirse, pues lo sobresaltó otra vez el regreso de la serie de seis o siete ruidos secos y duros. El ciclo completo se repitió en tres ocasiones y luego volvió el silencio. Un silencio efímero, pues lo cortó el arrastre del mueble pesado, y luego el repiqueteo del millón de bolas de metal desperdigadas y enseguida el bailoteo de docenas de pies calzados con zuecos. En vano intentó ignorarlos. Se tapó la cabeza con dos almohadas; luego, probó a taparse los oídos con unas bolitas de algodón, pero seguía oyendo igual el zapateo inmisericorde. Se calzó los auriculares del equipo de sonido y puso el disco con los *highlights* del Anillo de los Nibelungos por Szell y ni así.



Ilustración: Pedro Bel

"O son unos lunáticos enfermos, o son unos hijos de puta. Ya basta, de verdad. Si es necesario, llamaré a la policía" —y aprestó a recorrer de nuevo los dieciséis escalones que lo separaban del 5-C. Esta vez no lo ablandarían con niños ni viejos.

En el piso superior todo estaba tranquilo, y tras la puerta seguía oyéndose el *Scherzo* de la séptima de Bruckner. Esto le extrañó, pues debería haber concluido hace rato, pero igual hundió con saña el dedo en el botón del timbre: lo obligaron a ser grosero, así que lo sería. Un timbrazo muy largo y luego, para trasmitir impaciencia, una serie de timbrazos cortos, y luego otros dos largos. Matizó su indignación alternando los ataques al timbre con golpes de puño en la tabla de la puerta. Quizás tuviera suerte y terminaran por asustarse, o alarmaría a los otros vecinos y alguien llamaría a la policía. En cualquier caso, esos desvergonzados tendrían muchas cosas que explicar.

Al final la puerta se abrió de nuevo.

Aparte de Bruckner, volvía a oírse la máquina de escribir (pero, ¿de verdad hay alguien que utilice una de esas hoy en día?). Y en el umbral no había aparecido ni el viejo ni la niña. Quien le abrió esta vez fue una mujer joven, de ojos color miel, con la cabellera rojiza mojada y apenas vestida con una bata de baño, hermosa como una visión, tan hermosa que daba miedo. ¿Esto no lo había pensado ya antes? Sus facciones eran idénticas a las de la niña y el viejo. ¿Madre, hija y abuelo? Por lo visto, sus zafias llamadas la habían sacado de la ducha.

Apenas un segundo antes tenía clarísimo el torrente de amenazas, indignaciones, injurias, denuestos y reprobaciones que haría llover sobre el desaprensivo que apareciera tras aquella puerta. Ahora, por tercera vez, ante aquellos ojos que lo observaban con curiosidad, se había quedado mudo.

—¿Lo puedo ayudar en algo, señor? ¿No es usted el que se acaba de mudar al apartamento de abajo? ¿Se siente mal?

—No, si… Debe haber alguna confusión… La verdad es que oí unos ruidos aquí…

—¿Ruidos?

—Sí, a esos ruidos me refiero. Es enloquecedor, en verdad… pero… ¿Cómo sabe que soy el vecino de abajo?

—Lo vimos el día que llegó. ¿No lo recuerda? ¿Se siente mal? Esta pálido. Por favor, pase un momento para que se siente…

—Mejor no, creo. Hace un rato hable aquí mismo con un señor bastante mayor…

—Por supuesto, pero mejor debería entrar, y a lo mejor entiende por fin.

—Todo esto es muy raro. Desde mi apartamento se oyen unos ruidos espantosos.

—¿Aquí arriba? ¿Y ahora le parece que sea así de verdad? Pero es cierto que en las noches ocurren aquí cosas un poco raras. No se lo puedo negar.

—En serio ya no sé… Quizás debería hablar con…

—¿Con Olga quizás? ¿Y de verdad piensa que ella no está enterada? Venga, por favor, ya no tiene objeto resistir. El final siempre es el mismo.

Sintió que la mano de ella le tomaba del codo con falaz suavidad y que luego lo atraía hacia su cuerpo. Vio sus labios muy cercanos, sin darse cuenta cruzó el umbral y enseguida oyó que la puerta se cerraba a sus

espaldas. Cuando advirtió aquellos dedos huesudos e inhumanos cerrarse en su hombro, comprendió que estaba perdido.

—Cada vez resulta más fácil. Aunque más temprano o más tarde, siempre somos los que ganamos— oyó la voz del viejo.

Comprendió que eso era la pura verdad.

V

A última hora le avisaron que un candidato inquilino vendría esa mañana a ver el apartamento, y tuvo que darse prisa para desocuparlo. Limpio el baño y la cocina con minuciosidad maníaca, y desechó lo que había en la nevera. Poca cosa en realidad: dos o tres huevos, un plato con restos de un revoltillo y una rebanada de pan tostado mordida, dos cervezas, un yogurt líquido, media cebolla empaquetada en *envoplast*, un bote de margarina de soya y un trozo de queso blanco.

Encontró una botella de *Black & White* destapada y casi completa, y pensó que era muy improbable que alguien fuera a reclamarla, de manera que decidió quedársela para su uso personal; todo lo demás lo guardó escrupulosamente en cajas de cartón, incluyendo el costoso equipo de sonido. Acto seguido bajo todo al cuarto de la planta baja que hacía las veces de trastero y depósito. Allí quedarían aquellas cosas en salvaguarda hasta que su dueño acudiera a reclamarlas.

Sí es que lo hacía. Y la verdad es que nunca había pasado antes.

Acababa de bajar la última caja, pesadísima por estar llena de discos compactos que le habían llamado la atención por la elegancia de sus caratulas, cuando escuchó la llamada en el intercomunicador.

Como da costumbre, mientras subían en el ascensor con las llaves del 5-C en la mano, el otro intentaba buscarle conversación. Eso no fallaba.

—¿Cómo se portan los vecinos? ¿Son tranquilos? —oyó que le preguntaba.

—Tranquilos… sí…

Javier Garrido es médico, y nació en Caracas, Venezuela, en 1964. Ha publicado relatos en *Letralia*, *Culturamas* y *Extrañas Noches*. Sus libros publicados: *Viernes* (cuentos), Porlamar, 1992; *La muñeca descalza* (cuentos), Porlamar, 1993; *Abbadón y otros cuentos* siniestros. Amazon, 2018.

Sueños de ciudad

Leonardo Espinoza Benavides

CHILE

La pantalla le volvió a indicar los cincuenta y ocho documentos que debía tener listos durante la mañana. La cifra la había recibido minutos antes, camino hacia el trabajo, y le había parecido un número razonable para comenzar el día.

Se acomodó en su silla y se colocó los anteojos. Reacomodó la imagen al ángulo que le agradaba y abrió la lista de archivos.

—Veamos… Qué cosas tenemos para hoy —dijo inclinándose hacia la pantalla.



Ilustración: Pedro Bel

—Aquí tiene, señor Loy.

—Muchas gracias, Berto.

Terrig Loy desvió la vista unos segundos para recibir la taza de café. Le dio un sorbo delicado para evitar hervirse los labios y la dejó luego sobre el escritorio. Uno de los cristales de sus anteojos se había nublado con el vapor que florecía del tazón.

—Bien… Partamos contigo —dijo Terrig aguzando la mirada.

Antes de comenzar con su lectura, recibió el saludo de un colega que acababa de llegar a su despacho.

—Hola, Enrio —le dijo sin mirarlo, mientras el hombre tomaba puesto a un metro y medio de distancia—. Bien —continuó en un susurro—, ahora sí…

El documento por el cual comenzó se titulaba *Los efectos de la luz solar en intervalos de cinco minutos al utilizar el transporte automovilizado por la avenida Marcel Aristos entre las seis y siete horas de los días martes al compararlos con intervalos de seis minutos en dos grupos aleatorizados con quíntuple ciego durante los mismos horarios del día*. Terrig leyó las partes claves del documento tal como su oficio le enseñaba y emitió la aprobación que corroboraba la evidencia presentada.

Llevaba cinco años trabajando en el Departamento de Evidencia, clasificando y examinando las publicaciones de diversas áreas de investigación. Era uno de los últimos eslabones en la lectura crítica de los documentos, lo cual le significaba un buen pasar monetario y un decente estatus social.

—Hmm… No, tú no —dijo en voz baja al terminar otro de los artículos: no se habían respetado los protocolos mínimos.

Terrig levantó los brazos y luego restregó sus ojos. Le agradeció a Berto por la siguiente taza de café y se dispuso a corroborar la última evidencia matutina, *El aporte nutricional del pasto en la dieta homeostática en un grupo de individuos entre veinte y treinta años con tendencia a la intolerancia a la carne de soya.* Las ciencias biológicas las dejaba siempre para el final.

Al mediodía, luego de cinco horas de trabajo y setecientos mililitros de café, llegó el descanso del almuerzo. Cuatro minutos.

—Aquí tiene, señor Loy.

—Muchas gracias, Berto.

Tomó su sándwich con agua y disfrutó los cuatro minutos asignados. Él mismo había leído parte de la evidencia que comprobaba que aquel era el tiempo ideal para la merienda de las doce.

En la esquina de la pantalla un nuevo número apareció. Ciento cuatro. Las tardes solían resultar un poco más duras…

A las nueve cuarenta y cinco de la noche concluyó con su rutina.

—Adiós, Enrio —dijo Terrig, plegando la pantalla del escritorio y guardándosela en su bolsillo. Se alejó del espacio de trabajo, se despidió de Berto y se encaminó hacia las afueras del edificio.

Se vio caminando junto a una mujer. Terrig sabía que ella trabajaba en la otra ala de ese piso.

—Hola, Frann —dijo Terrig con soltura, al tiempo que revisaba la hora en la esquina de la pantalla que asomaba de su pantalón.

—Ehm…, hola…, ¿don…?

—¡Terrig! Disculpa… Me tengo que haber confundido.

—No importa. Siempre pasa.

—Lo siento.

No se generó un momento incómodo porque no había tiempo para un momento incómodo. Esos errores solían ocurrir. Terrig había hablado antes con ella, solo que probablemente en sus sueños y no durante la jornada laboral. Qué importaba; a todos les pasaba. Terrig volvió a mirar la pantalla plástica de su bolsillo y vio que iba tres minutos atrasado. Su colega hizo lo mismo y seguramente llegó a la misma conclusión.

En el vestíbulo se dirigieron hacia salidas distintas.

Terrig caminó hacia las afueras de la edificación. A las diez en punto pasaba un automovilizado público que lo acercaba hacia su casa. Pasados los dos minutos que faltaban, apareció el vehículo. No requería conductor.

Se subió, acercó su pantalla personal a una consola, esperó el *bip* confirmatorio y se ubicó en uno de los cubículos individuales. Si bien ya era de noche, ninguna estrella se asomaba por el cielo. La intensidad con que la ciudad se iluminaba no hallaba rival en ninguna otra fuente luminosa. Mientras tomaba asiento, Terrig miró por la ventana buscando alguna nube de tintes azules o celestes que contrastara con el ocre de la noche. Detrás de esa, pensaba, debía estar la Luna.

Quedaban treinta segundos para que diera inicio a su clase. En la comodidad de su cubículo, envió la señal de su pantalla al cristal que estaba enfrente de él, delimitando este su lugar con el del otro pasajero.

—Buenas noches —comenzó Terrig—. ¿Empezamos?

Era tan solo una expresión. Nunca partían atrasados. Aunque Terrig, o incluso la locomoción, se atrasara, todos tenían a mano su pantalla personal para comunicarse donde fuera.

Esa noche debía impartir la clase de Análisis Integrado de la Evidencia a estudiantes de sociología.

—En el caso de ustedes —les decía Terrig—, se pone más difícil el tema de hacer buenos estudios, por el tipo de variables subjetivas que deben intentar objetivar, a diferencia de un bioquímico, por ejemplo…

—Profesor —interrumpió una voz etérea.

—¿Sí?

—En el caso de los estudios cualitativos, ¿cómo hacen el análisis de esa evidencia?

Eran estudiantes jóvenes; Terrig lo sabía. Aún tenían que formarse.

—Es complicado —respondió—. Muchas veces lo que hacemos es simplemente descartarlos, cuando tenemos otros que son más bien cuantitativos. Si supieran la cantidad de información que recibimos, se darían cuenta de que lo último que alcanzaríamos a hacer es clasificar algún dato subjetivo. No son considerados evidencia; o si no hay nada más sobre el tema, queda como evidencia clase F. Bien… Sigamos. Quedaron cincuenta y ocho segundos para tiempo de preguntas, para que lo tengan en cuenta…

Terrig Loy terminó su cátedra a las once treinta de la noche y un minuto más tarde se bajó en un paradero.

Había una fila con automovilizados personales que cualquiera podía utilizar; estaba incluido en los impuestos. Caminó junto a un abundante grupo de personas que descendían también en la parada; encontró uno libre y se subió. Programó su dirección y comenzó el último trayecto hacia su casa. Treinta minutos debía demorar.

Comunicó nuevamente su pantalla, esta vez con el panel de vidrio del auto, reemplazando las visiones nocturnas del camino por la lectura a la que tenía que acudir. El Departamento le asignó un curso de «Variables numéricas en estudios ecológicos de suelos ricos en silicato». Todo ciudadano que fuera respetable no cesaba nunca sus estudios, ni tampoco la impartición de clases. Era parte del gran proyecto de educación continua: todos estudiantes, todos profesores.

—Los suelos de silicato son tremendamente apasionantes. Ya tenemos la evidencia para clasificarlos en veinticinco grupos distintos sobre la base de…

Terrig Loy entró a su casa faltando tres minutos para medianoche; su mujer había llegado tan solo unos segundos antes. No se distinguía ninguna luz encendida en el interior de la morada.

A través del pasillo principal llegó un mensaje:

—¡Ya acosté a la niña!

—¡Ya! ¡Gracias!

—¡Cómo te fue en el trabajo!

—¡Bien, y a ti!

—¡Bien, también! ¡Ya te vienes a dormir!

—¡Sí, ya voy!

Terrig encendió la luz de la cocina, sacó un trocito de sándwich del

refrigerador, lo tragó con un sorbo de agua de la llave y se dirigió a su habitación.

Ahí lo esperaba. El mejor momento del día. La razón por la que todos trabajaban sin parar; lo que otorgaba sentido a la más pequeña nimiedad de la existencia.

Su almohada.

No siempre le llamaron simplemente *almohada.* Hubo un tiempo en que ostentara un nombre siútico ahora ya olvidado, ideal en sus primeros momentos de comercialización; pero hoy en día bastaba con referírsele de esa forma. Almohada.

No era ese antiguo cojín oblongo sobre el que ponían la cabeza cuando era tiempo de dormir. También se le llamaba almohada, pero ya no se identificaba con ella tal palabra. La almohada era un dispositivo surgido de la tecnología y la ciencia del sueño, del principio de Voss y la estimulación de ondas gamma. Una especie de casco amoldable con una serie de electrodos que se posicionaban en sitios estratégicos del cráneo y de la cara. Ventosas pegadas en la cara. El mejor momento del día, pensó Terrig.

—¿Cuánto te vas a poner? —preguntó su esposa.

—Hmm… Sesenta por ciento de sueño profundo y cuarenta por ciento de sueño REM. —Sesenta por ciento de descanso físico y cuarenta para soñar. Aquello equivalía a unas ocho horas de una buena dosis onírica.

—Parece que tuviste un buen día…

—Nada especial, la verdad.

—Bueno, que descanses. ¡Buenas noches!

Su mujer ya estaba dormitando. Terrig programó su almohada, se la colocó en la cabeza y se tendió en su cama. Encendió el aparato que transmitiría sutiles corrientes eléctricas a través de su red neuronal de tal modo que pudiera tener horas y horas de sueño lúcido y consciente.

Por fin comenzaba su día…

—¡Frann! ¡Frann! ¡Por acá!

—¡Terrig! ¡Voy!

Terrig Loy se retiró los auriculares y detuvo el helicóptero. Se bajó de la máquina y puso pie sobre la arena. Llevaba una camisa blanca entreabierta que dejaba ver su perfecta anatomía. Frann corría hacía él utilizando un diminuto traje de baño.

—Discúlpame por no reconocerte hoy día en el trabajo.

—Ah, no importa. Siempre pasa.

—Lo siento, Terrig. Tenía demasiado trabajo que hacer y nunca hay tiempo para nada más que eso en el Departamento.

—Ni me lo digas… Ni te imaginas las cosas que tuve que leer… ¡Pero no es tiempo para hablar de eso! —La tomó entre sus brazos mientras Frann emitía una risita.

—¡Suéltame, Terrig! Ni se te ocurra tirarme al agua… ¡No!, ¡no! ¡Yo me tiro sola!

Terrig la soltó y Frann corrió directo hacia el océano. Justo antes de tomar contacto con la espuma de la marea, Frann tiró lejos la parte de arriba de su atuendo.

Terrig pareció flotar hasta las olas…

—Sí, mamá, todo bien en el trabajo —decía Terrig. Ya había tenido suficiente en el paraíso tropical.

—¡Ay, qué bien!

—¿Todo bien con ese tal Enrio?

—Sí, papá, todo bien… No, gracias, mamá; ya estoy lleno. No me cabe nada más en el estómago.

—¿Lograste vender alguna pinturita?

—Tuve, de hecho, toda una exposición… No, gracias, mamá; te dije que no me cabe nada más… En el salón Mariatriz que a ti te gusta.

—¡Ay!

—¡Esposa mía! —dijo Terrig, en su propio francés con una voz de barítono. Lo había aprendido hacía varios sueños atrás.

—Querido…

—He tenido que ocupar mi arma…

—¡Oh!

—Eran todos criminales, estafadores, lo peor de lo peor. —Se sentó en una reposadera al lado de su mujer, escuchando los filtros de las aguas cristalinas que adornaban su piscina.

—¡Oh, Terrig!

—Necesito una buena siesta.

—Descansa…

Y descansó.

—¡Bien, bien, Enrio! ¡Bien! ¡Estás mejorando muchísimo!

—Gracias, Terrig.

Terrig se retiraba los esquís y disfrutaba de la visión panorámica de la cordillera nevada. Caminó junto a Enrio al interior de una cabaña donde los esperaba una mesa con dos cafés servidos. Berto se los había preparado, humeantes como siempre.

—Si me disculpas, Enrio, debo darle un tiempo a mi pequeña.

—Por supuesto… Anda… ¡Nos vemos en el Departamento!

—Mi pequeña… —decía Terrig frente a su hija. Le acomodó bien su almohada y la besó en la frente. Se dirigió luego a su propia habitación y se tendió sobre su catre. Sabía que quedaba poco tiempo de su sueño, lo podía sentir. Cerró los ojos y simplemente esperó la transición…

Cincuenta y nueve. Ese fue el número que apareció por su pantalla mientras se dirigía hacia el trabajo. El auto al que se había subido la noche anterior lo transportaba hacia el mismo paradero en donde lo había tomado prestado y en donde embarcaría para completar el recorrido.

—Qué clima… —dijo Terrig a Enrio mientras se sacaba la chaqueta empapada. Su colega había llegado unos minutos antes que él y, a juzgar por su pelo, también se había mojado con la lluvia.

—Intenso —dijo Enrio, sin desviar la mirada de su pantalla. Tomaba con ambas manos su taza de café mientras la sorbía de manera sonora.

—Aquí tiene, señor Loy.

—Muchas gracias, Berto.

Qué alivio dormir bien, pensó Terrig. Se sentía repuesto, con el cuerpo descansado y la mente ágil y despierta. ¡Qué sería de ellos de no ser por las almohadas! Eso le recordaba la importancia de la evidencia y de los avances tecnológicos. La calidad de vida estaba mejor que nunca; se podía trabajar con un tiempo de descanso asegurado. Nadie podía privarlo de sus sueños. Nadie.

Seleccionó uno de los documentos: *Proporciones de sueño profundo y sueño REM en los cambios de jornadas de descanso de seis horas a cuatro horas en un grupo aleatorizado de trabajadores subterráneos entre cuarenta y cincuenta años con consumo de licor al seis por ciento en intervalos de ochenta y siete minutos.* ¡Todo aportaba su granito a la evidencia! Sin la evidencia no se sabía nada en lo absoluto, todo resultaba incierto e intangible, inseguro y peligroso. Negligente. Terrig sabía la importancia de aquello y, por ende, de su trabajo. Qué suerte tenía de haber nacido en estos tiempos, donde había espacio tanto para la satisfacción

como para el trabajo; y todo respaldado por números y estadísticas ultracorroboradas.

La lluvia martillaba las ventanas del edificio y aportaba con sus notas musicales. Aún no había evidencia suficiente de que fueran efectivamente notas musicales, o si era mejor bloquear o permitirle su sonido en las jornadas de trabajo. Terrig había leído solamente quince documentos al respecto.

Tres cafés en la mañana, cuatro minutos de almuerzo, cuatro tazas y media por la tarde. Se despidió de Enrio y luego de Berto. No distinguió por los pasillos a Frann, pero poco le importaba.

—¡Terrig! —dijo alguien.

—Ehm…, ¿hola?

—¡Oh, oh! Lo siento…

Terrig sonrió:

—Siempre pasa…

El automovilizado público llegó a las diez en punto. Buscó la Luna entre las nubes, dio su clase en su cubículo, encontró más tarde un auto personal, acudió a su curso de suelos con silicato y llegó a las doce de la noche a la puerta de su casa.

Por un momento pensó que había dormido demasiado bien la noche anterior. Aún se sentía repuesto, por lo que configuró su almohada a sesenta por ciento de REM y cuarenta por ciento de sueño profundo. Le pareció una buena idea continuar algunos sueños.

Pulsó la perilla que encendía su almohada…

—¡Terrig!

—¡Abran paso!

Terrig Loy aterrizó sobre la arena vistiendo una pequeña zunga azul. Se deshizo del paracaídas que venía sujetando con sus manos y corrió al encuentro de Frann.

—¿Quiénes son estas? —preguntó Terrig.

—Son unas amigas… No te importa, ¿cierto?

—Por supuesto que no, Frann —dijo con naturalidad.

Terrig vestía un terno negro mientras terminaba su solo de violonchelo. Era una gran audiencia la que se alzaba y aplaudía. Del mismo modo lo hacía el resto de la orquesta.

—Gracias, muchas gracias —decía Terrig, alzando su mano en

agradecimiento y dirigiéndola hacia el director de la orquesta para que este fuera parte también de los elogios—. Han sido meses de práctica tras práctica —decía, opacado por los vítores. Estaba sudando por el esfuerzo de su última interpretación y le costaba encontrar el aire para seguir con su discurso—. Un… un… ¡aplauso para el resto de la orquesta! ¡A cada uno…!

Le faltaba el aire.

Se fue a un lugar sin luz. Estaba completamente oscuro. Pasó una mano por la frente para limpiarse el sudor acumulado, acompañado tan solo por la cadencia de su respiración. Se sentía muy extraño, un poco ligero, y con un leve hormigueo que viajaba hacia sus dedos meñiques.

¿Había despertado? No podía ser… Se impuso el miedo en un instante, pero sin mayor intensidad. Era demasiado raro que hubiese despertado.

Había despertado.

Y no veía absolutamente nada. Esperó hasta que los grises adoptaran alguna forma y alargó después el brazo hacia el interruptor de la almohada. No estaba funcionando. Eso sí le dio miedo. ¡Cuándo encontraría el tiempo para reparar su almohada! Jamás había escuchado que a alguien le pasara esto. Miró al costado y vio que su mujer estaba en sueño profundo. De ninguna forma la despertaría.

Qué desastre, concluyó… No hubo forma de encender la almohada. Estaba al tanto de que con cada minuto que pasara, más cansado estaría al otro día. Optó finalmente por intentar dormirse por sí solo. Ya pensaría en el momento de llamar a la compañía para solicitar una reparación.

Quedarse dormido no fue la peor parte. Las ventosas en su rostro contribuyeron a la costumbre, y el hábito se encargó del resto. Lo terrible fue ver pasar sus sueños en cosa de segundos, sin siquiera ser capaz de recordar al menos una parte con suficiente claridad.

Había sido todo tan rápido, tan abstracto, tan inútil.

Fue un día miserable. Noventa y siete archivos para comenzar la mañana.

—Aquí tiene, señor Loy.

—¿Hum?, ¡oh!, gracias, Berto. —Bostezó.

—Le hizo falta más sueño profundo, señor Loy. —El hombre sonrió —. Espero que haya valido la pena el exceso de REM. —Guiñó su ojo y se marchó.

Terrig tomó la taza entre sus manos, bebió de su café y maldijo al sentir que le iba ardiendo la lengua y la garganta.

—¡Vaya, buenos días, Terrig!

—¿Ah?, ¡sí!… Sí… Buenos días, Enrio…

Andar cansado sin tener un buen sueño como explicación resultaba bastante deprimente.

Ese día no buscó la Luna ni puso atención al silicato. Los viajes se le hicieron mucho más largos de lo habitual. Llegó a su casa a medianoche y llamó a la compañía.

Esperó a que alguien contestara…

—REMember, buenas noches, mi nombre es Magdalia, ¿cuál es su nombre?

—Terrig Loy. Necesito…

—Buenas noches, señor Loy, ¿en qué puedo ayudarle?

—Ehm, buenas noches… Creo que se me echó a perder la almohada…

—¿Disculpe?

—Creo que se me echó a perder la almohada. Necesito que me la cambien o que…

—¿Disculpe? Señor Loy, no lo escucho bien, ¿qué me dijo?

—Se me echó a perder la almohada.

La mujer guardó silencio unos instantes y Terrig pudo escuchar el torbellino de voces de los otros operadores que trabajan al costado de Magdalia.

—Señor Loy, ¿me dice que se le echó a perder la almohada?

—Sí…, eso…, no funciona, ya intenté volver a prenderla y…

—No existe ese error, señor Loy.

—¿Ah? ¿Cómo no va a existir?

—Es que no me aparece en la pantalla.

—Bueno, ¡pero se me echó a perder la almohada!

—Deme un segundo.

Terrig frotó su rostro con las manos. Estaba perdiendo tiempo en el que podría estar descansando… A medias, porque su almohada seguía mala.

Su mujer le gritó desde el pasillo:

—¡Te respondieron algo!

—¡No! ¡Aún no! ¡Puedes dormirte si quieres!

—REMember, buenas noches, mi nombre es Jovelio…

—¡Me contestaron de nuevo!

—¡Suerte! ¡Buenas noches!

—¿Señor Loy?

—¡Sí, sí! Buenas noches… Se me echó a perder la almohada.

—¿Se le echó a perder o no funciona?

—¿Ah? No funciona…

—Hmm… Deme un segundo.

Arribó la hora una de la madrugada y Terrig conversaba a estas alturas con el gerente de la compañía…, según le habían informado.

—Está bien… Le enviaremos un reparador.

—¡Oh, gracias! ¡Muchas gracias! ¡Gracias, de verdad! —¡Tanto les costaba decirme eso hace una hora…, imbéciles!, pensó Terrig.

—La hora más próxima es…, hummm…, en dos días más a las…, hmm…, siete de la tarde. Se le enviará la notificación a su empresa para que pueda ir a su casa a esa hora. No se preocupe.

—¡Dos días más!

—Ehm… Sí.

—¡Oh! ¡Oh! Está bien…, está bien. Déjeme anotado.

—Listo… Muy bien, señor Loy. Solucionaremos su problema a la brevedad. REMember, ¡nunca deje de soñar! ¡Buenas noches, señor Loy!

Esa noche las ventosas no fueron suficientes.

—Aquí tiene, señor Loy.

—Gracias…

—¿Se encuentra bien?

—Sí…, estoy bien. Tuve unos problemas con la almohada…, pero ya lo arreglarán.

—Le voy a traer un café más cargado.

Berto recuperó la taza que había entregado a Terrig. Se retiró y volvió en unos instantes con un tazón de intenso aroma. Humeaba como nunca.

—Con esto va a andar mejor, señor Loy. Cuidado con quemarse…

Terrig sopló el contenido de su taza y tomó un sorbo. A la tercera succión le pareció sentir que las fuerzas volvían a su cuerpo; la mente se le despejaba y parecía lista para funcionar. Se estiró en su asiento, se colocó

los anteojos y posicionó la pantalla en el ángulo preciso. Se terminó la bebida marrón y comenzó a ver los archivos. Sesentaicinco.

Agitó las manos, soltó una bocanada de aire y se puso a trabajar.

El ánimo le duró menos de veinte minutos.

Sentía cómo la espalda se le iba encorvando al tiempo que se le sumaba una picazón vidriosa en ambos ojos. Tenía sueño y estaba cansado, pero lo que le afectaba era no haber podido… *soñar*.

—Berto… ¿Me traes otro café?

—Ehm… Señor Loy, creo que ha tomado mucho…

—¿Ah?

—Ya se ha tomado cinco tazas, señor Loy.

—Berto, lo necesito para mi trabajo… *Lo necesito*…

Antes del almuerzo comenzó a sentir unos temblores en las manos. Colocó su dedo índice al interior de un orificio en la pared frontal de su escritorio y sintió a continuación un pequeño pinchazo. El resultado de la máquina indicó un nivel sanguíneo de cafeína un veinte por ciento por sobre el nivel óptimo para las jornadas de trabajo, según la evidencia comprobada.

Terrig Loy se detuvo un segundo. Se calmó.

Pronto arreglarían su almohada y todo habría terminado. No había razón para estar desesperado.

La tarde se le hizo eterna. Se subió al automovilizado público y dio su clase sin ninguna inflexión en su voz, monótona y rápida, sin recibir ningún reclamo a cambio. Apenas si pudo poner atención al silicato mientras viajaba en un auto personal.

—Ya, Terrig… Concéntrate —se dijo a sí mismo frente a su cama, su mujer durmiendo en un costado—. Este es tu momento de descanso. Es todo tuyo. Nadie te lo quita. Solo tienes que intentar mantenerte consciente y disfrutar de tu sueño. —Se mantenía de pie, respirando a un ritmo pausado y alzando y bajando sus manos en una especie de ritual—. Mantenerte consciente y disfrutar de tu sueño…

Se colocó su almohada y cerró los ojos. Repitió las palabras en forma de mantra para invocar la ensoñación… Era todo lo que necesitaba, soñar un poco, y estaría renovado para el día siguiente. Todo saldría bien, tendría energías para trabajar, estaría contento de haber descansado, se sentiría realizado… Debía estar consciente, eso era todo, nada más…

—Aquí tiene, señor Loy.

—¡Muchas, muchas, muchas, muchas gracias, Berto! —dijo Terrig, con los ojos más abiertos de lo socialmente aceptado. Berto retrocedió—. Disculpa… No he dormido nada.

En realidad, sí había dormido, pero no había soñado. O simplemente no recordaba lo que había soñado, que para este caso le era lo mismo que no haber soñado absolutamente nada. ¿Qué sacaba con soñar si luego lo olvidaba? La contractura de su espalda era lo de menos.

—¿No le han ido a reparar su almohada, señor Loy? —dijo Berto, con voz trémula.

—Aún no… Tal vez hoy día…

Terrig no podía creer lo demacrado que se hallaba con tan solo dos días sin soñar. Era el único instante en que sentía que era él, el verdadero Terrig Loy. Tenía ganas de ir a esquiar con Enrio…, o mejor aún, salir al espacio, visitar Marte; *eso* tenía ganas de soñar. Y Frann…

A las seis de la tarde, con una cafeinemia al ciento diez por ciento, se preparó para llegar a tiempo a su cita con el reparador de almohadas. Se sacó los anteojos y estuvo cerca de plegar su pantalla cuando un mensaje apareció en la esquina de esta: «Estimado señor Loy»… Leyó rápido, con los ojos rebotando en cada extremo de la cara… «Lamentamos informarle que el reparador no podrá asistir hasta en dos días más…».

Berto estaba quieto en el pasillo, sosteniendo la bandeja en la que llevaba la taza de café. No se decidía entre acercarse o no. Incluso desde aquella distancia era posible divisar el rostro ausente del señor Loy. Parecía ido. Tenía los ojos fijos en un punto imaginario y no parecía parpadear a un ritmo regular; sus párpados luchaban por hallar coordinación. Estaba mal afeitado y despeinado.



Ilustración: Pedro Bel

Berto se acercó. Tomó la taza y la dejó en el escritorio, sin decir una

palabra, y se marchó. El supervisor le había dado la instrucción de seguir llevando tazas de café al señor Loy mientras durase la reparación de su almohada. Debían estar atentos a lo que ocurriera. Era un caso poco común, por lo que ya se había dado inicio a un estudio dirigido por un equipo de psicólogos que deseaban publicar su situación. Podía resultar muy útil conocer las implicancias de la falla en una almohada, si se tomaba en cuenta la exigente rutina social que ocupaban.

Enrio no pudo descifrar qué pasaba por la cabeza de su colega. Sabía que llevaba unos cuantos días privado de sus sueños, pero era la primera vez que veía un caso así. No pudo, ni tampoco quiso, imaginar lo que eso significaba. Su almohada siempre funcionaba, por lo que se sentía realizado con su vida. Nadie le había privado de sus sueños. Le parecía extraño haber estado caminando junto a Terrig la noche anterior y ahora verlo así. Debe ser terrible, pensó.

Terrig Loy meditaba. Pensaba lo extenuante que resultaba ser un ciudadano productivo cuando le habían quitado su descanso. Buscaba en los rincones de su mente alguna motivación para lidiar con los archivos. No encontraba mucho, así que no quedaba otra alternativa más que el café.

Terrig Loy estaba desconcentrado.

—Enrio… —dijo Terrig susurrando—. Enrio…, oye…

—¿Ah? ¿Qué pasa?

—¿Cómo vas con tu trabajo?

—Ehm…, supongo que bien.

—Deberíamos ir a esquiar de nuevo.

—¡Ah!, no te preocupes. Te estas confundiendo. Siempre…

—Siempre pasa… Sí sé. Pero deberíamos ir a esquiar. El otro día estuvo perfecto.

—Terrig, no hemos ido a esquiar juntos…

—¡Sí sé, Enrio! ¡Sí sé! ¿Has ido a esquiar alguna vez?

—Por supuesto…

—¿Despierto?

—Por supuesto que no, Terrig. Pero he ido en mis sueños. Soy muy bueno, de hecho.

—Sí, yo también soy bueno… ¡No, Enrio! ¡No has esquiado nunca! Deberíamos ir uno de estos…

—¡Sí he ido a esquiar, Terrig! ¡No hay ninguna diferencia con que lo

haga mientras duermo!

—Tranquilo… Baja un poco la voz… Nos pueden sancionar.

—Y encima haces que me atrase. ¿Sabes, Terrig?, eres mucho más simpático en mis sueños.

—Y tú en los míos… No es el punto. Deberíamos ir a esquiar *de verdad.*

—¿Para qué? No tengo el más mínimo problema de hacerlo mientras duermo. No hay ninguna diferencia. A lo mejor tu almohada no funciona bien, pero en la mía es exactamente igual que estando despierto, mejor incluso. ¿Para qué querría hacerlo?

—Bueno…, no sé, para hacerlo despierto simplemente. Es distinto; vale más a lo mejor…

—¿Has ganado un campeonato?

—Sí…, unos cuantos.

—¿Tú crees que los ganarías si se te ocurriera esquiar despierto? ¿Crees que sería igual de entretenido?

Parecían dos viejos camaradas discutiendo. Sin embargo, era la primera vez que hablaban más allá del saludo matutino. A Enrio le pareció agradable…, pero se estaba atrasando con el trabajo. En el caso de Terrig, resultaba la única forma de escapar del tedio que lo consumía.

—Tal vez sí los ganaría… ¿Quién sabe?

—Déjame trabajar, Terrig. Ya te van a arreglar tu almohada; aguanta un poco.

Terrig se volvió hacia su pantalla. Miró los archivos: cuarentaiocho por leer.

Dejó caer los brazos en la mesa, apoyó el cuello en el respaldo de la silla y comenzó a mirar el techo. Pidió a Berto otro café. Menos mal que ahora traen protectores gástricos, pensó Terrig.

Había esperado con ansias los cuatro minutos de almuerzo.

—Enrio…, oye… Enrio…

—¿Ah? Terrig…, qué pasa.

—Estuve pensando y tienes…

—¿No hiciste tu trabajo?, ¿en qué momento…?

—Sí lo hice; da lo mismo. Estuve pensando y tienes razón. Ir a la nieve es demasiado complicado. Pero podríamos hacer alguna otra cosa.

—Para, Terrig.

—Soy bueno pintando. Podríamos ir a alguna galería.

—¿Eres bueno pintando? Terrig, espera a que te arreglen la almohada, mejor. Además, creo que ya no hacen galerías…

—¿Qué? ¿En serio?

—Quizá haga alguna mientras duerma. Voy a seguir trabajando, Terrig.

Enrio se inclinó hacia su pantalla y desapareció del espacio visible para su colega.

Cuando dieron las nueve con cuarentaicinco, Terrig partió directo hacia el pasillo para tomar el ascensor. Por ahí avanzaba Frann.

—Hola, Frann —dijo mirando la hora. Le dirigió luego la mirada.

—Hola…, ¿don…?

—Terrig Loy. Nos vimos el otro día. ¿Me recuerdas?

—¡Ah!, debe estar confundido. Siempre…

—No, no… Nos vimos aquí hace un par de días.

—¿Sí?

—Sí, hace tan solo un par de días. ¿No…, no recuerdas?… —Un silencio por respuesta—. Bueno, no la retraso más. Que tenga un buen día.

Había repasado el diálogo toda la tarde, recitándolo cada diez publicaciones observadas. Se sentía muy conforme con su desempeño, pero había anticipado de manera equivocada las respuestas de Frann. La escena había resultado más corta de lo esperado.

Caminó hacia el automovilizado público observando la noche por sobre su cabeza. Se veía de un color morado, con café, y sin ninguna estrella. Quiso imaginarlas por un instante, pero aquello casi le cuesta quedarse sin transporte.

Una vez en su cubículo, buscó la Luna con más dedicación de lo habitual. Había una nube particularmente azulada por la cual apostaría que sería la acertada.

Su pantalla comenzó a vibrar.

Las clases, recordó… Debía ser más cuidadoso con sus desvaríos; si bien no había forma de empezar las lecciones atrasado. Eran demasiadas personas esperando su discurso.

Dijo lo de siempre.

Una vez adentro del auto personal, se dio cuenta de que podía concentrarse en mirar *a través* de la clase de los silicatos, escuchando de todos modos, pero viendo el camino que lo llevaba hacia su casa. No vio casi nada. Estaba, de alguna forma, demasiado oscuro.

Tendido en la cama, con la almohada puesta como símbolo, tomó consciencia de su charla con Enrio. Se preguntó si él estaría también pensativo por lo mismo.

—Aquí tiene…

—Muchas gracias, Berto. ¿Has visto a Enrio?

Berto vio su cara aún bastante demacrada, pero al menos ahora no tenía los ojos tan expuestos como antes. Eso le había asustado, y agradecía que ya no ocurriera.

—Sí, ya viene entrando, señor Loy.

Terrig se asomó para mirar por el pasillo. Divisó a Enrio caminando y devolvió su cabeza al escritorio. Lo esperaría.

—Hola, Terrig. ¡Vaya que eres bueno para esquiar! —dijo Enrio.

—Enrio, ya se me ocurrió… ¿Qué? No fuiste a esquiar conmigo.

—Ah, es lo mismo.

—¿Cómo va a ser lo mismo si yo no estaba?

—En la noche, en mi sueño, me vas a decir otra cosa. De veras necesitas esa almohada.

Terrig frunció el ceño.

—Te decía que ya se me ocurrió qué podríamos hacer…

—¡Terrig, para!… ¡Para! ¡Para! ¡Para!

Terrig se detuvo… No había previsto esa respuesta.

Esa tarde no fue capaz de mantenerse sentado. Tuvo que pararse, caminar por el pasillo y apoyarse en uno de los ventanales del edificio. Miró un instante a la ciudad. Miró de vuelta a su oficina y unas cuantas miradas lo esquivaron. Se devolvió a su puesto. No era su intención desconcentrar a los demás.

Acomodó la pantalla y siguió leyendo sus archivos. Una sombra se posó sobre la imagen que leía…

—Señor Loy —dijo una de las supervisoras—, por favor no pierda el tiempo. —Debía ser sutil pero certera. Estaba al tanto del averío de su almohada—. Entiendo su situación y espero que pronto se solucione, pero le solicito que no desconcentre a los otros empleados. ¡Concéntrese, señor

Loy! Si consigue un mejor puesto, tendrá que acostumbrarse a tres horas de sueño profundo y solo cinco minutos de REM.

¿Quién le dijo a esta señora que él quería un mejor puesto? En esta empresa todos asumían que uno quería ser el jefe.

—Sí… Disculpe.

Hizo el intento de concentrarse. Abrió un archivo y leyó su título: *Repercusiones psicológicos individuales y familiares en grupos de poblaciones adyacentes a depósitos de heces animales y humanas de intensidad de olor por sobre el umbral odorífero aceptable.* Supuso que faltaba evidencia para tomar medidas al respecto… Lo miró de todos modos, con desgano y con otra sensación que no supo definir. Evidencia clase F, terminó por ser. Qué estupidez, fue su pensamiento.

Se encontró mirando el techo nuevamente, pensando, imaginando lo que fuese, tal vez Frann… Y un retrato vino a su cabeza acompañado de una idea:

¡La supervisora!

—Enrio…, oye… Enrio…

—Qué…

—Toma… Te dije que soy bueno pintando.

Terrig le pasó un papel con el borde rasgado. Sobre él, una serie de palos mal trazados que intentaban miserablemente remembrar una figura femenina. Dos óvalos mejoraban el intento. Todo esto coronado con el nombre de la supervisora.

—¿Qué tal, eh? —Terrig lo miró reluciendo una enorme sonrisa, expectante.

Le tomó un par de segundos comprender, pero la respuesta de Enrio fue contundente.

Un ataque de risa… ¡Una explosión de hilaridad!

¡Se estaban riendo! ¡Los dos!… Resultaba difícil contenerse.

—¡Vaya, Terrig, qué talento! —apenas pudo concluir sin tener que llevar un puño hacia su boca para disimular de algún modo las carcajadas que no lograba controlar.

—Berto…, oye… Berto —susurró Terrig con los ojos empapados de tanto reír.

Berto se acercó, escuchó la historia, vio el dibujo, y se unió a la sinfonía.

—¡Tendré mi propia galería, ya verán! —exclamaba Terrig—. ¡Si pintara todo el tiempo que trabajo…! —Y calló de súbito al ver que el resto volvía a sus quehaceres.

Era la supervisora.

—Señor Terrig, es suficiente —le quitó el dibujo—; le dije que debía comportarse. —Miró el dibujo y su rostro se desfiguró. Terrig acercaba la barbilla hacia su cuerpo mientras dirigía la mirada a la supervisora de pie junto a él. Le pareció verla sonreír—. Concéntrese, señor Loy —culminó.

La supervisora se alejó por el pasillo y Terrig pudo ver que la esperaba otra mujer. Esta última pareció decirle algo al oído; alguna orden con respecto a él, supuso, porque la musa retratada se encaminaba de vuelta a su escritorio.

—Señor Loy, le informo que la compañía se ha comunicado con nosotros para que le permitiésemos acudir a la cita con el reparador. Lo están esperando en su casa. Puede retirarse.

Terrig se quitó los anteojos. Estuvo un momento detenido, sin saber cómo reaccionar. Había pasado días completos cansado, sin dormir ni soñar, buscando formas de distraerse, de motivarse. No había sido todo un éxito, estaba bastante deprimido, pero recordó lo feliz que había estado hace un instante, riéndose con Enrio y con Berto…

¡Al fin le arreglarían su bendita almohada! ¡Por fin!

Alzó ambos brazos, estirados; dobló su pantalla y la guardó en el bolsillo; salió por el pasillo directo al ascensor…, y se devolvió, pero por el otro pasillo.

Entró en la otra ala de su piso, el piso de ella; caminó por entre los escritorios, miró a sus ocupantes…, y se detuvo. Retomó el camino original y apretó el botón del ascensor.

Había estado pensando en Frann y en sus últimas conversaciones en el Departamento. Esa no era Frann. Y no tenía la intención de que lo fuera, en lo absoluto.

Caminó hacia el paradero y esperó por su transporte. No tenía idea a qué hora exacta pasaría, pero asumió que sería pronto. Era la primera vez que se subía antes del anochecer. Se quedó mirando hacia el ocaso antes de posicionarse en un cubículo.

No era tiempo de dar clases ni tampoco de escuchar de silicatos. Había sido un transcurso silencioso. Terrig Loy tuvo tiempo de pensar. Luego tuvo tiempo para dejar de pensar…, y descansar. Era distinto a estar soñando.

—¿Usted es Terrig Loy?

—Sí, soy yo. ¿Usted es el reparador?

El hombre asintió y Terrig abrió la puerta de su casa. Lo hizo pasar y lo dirigió a su habitación. Le señaló la almohada disfuncional.

—De verdad está mala —dijo el reparador. Terrig no dijo nada. Miraba desde la puerta de su pieza, con una incertidumbre que le tenía preocupado—. ¡Sí! Hay que cambiarla.

Terrig quiso decir algo, pero no se convenció de hacerlo. Desviaba la comisura de la boca y asentía a las palabras de aquel hombre.

El reparador salió hacia al exterior y después volvió a la pieza con una almohada nueva.

—Firme aquí. No tiene que pagar nada extra.

Terrig titubeó…

Firmó.

Se encontró solo allí en su casa. Eran las nueve de la noche. Su hija y su mujer llegarían en al menos unas tres horas más. Pensó en esperarlas…, pero el cansancio acumulado…, los días sin soñar…, la almohada nueva enfrente de él… Y si programaba ochenta por ciento de sueño REM, serían…, serían casi veinte horas…

—Aquí tiene, señor Loy.

—Muchas gracias, Berto.

—Me alegra verlo descansado. ¿Algún nuevo retrato para hoy? Cambiaron a Enrio de lugar, pero… —bajó el volumen de la voz— yo puedo ser el mensajero —sonrió.

—¿Ah? —dijo Terrig, mirando el número de la pantalla—. Sí…, cierto… Anoche expuse toda mi colección. —Sin desviar la vista tomó un sorbo de café—. Gracias, Berto —dijo sin mirarlo—; muchas gracias.

Qué alivio era comenzar de esta forma la jornada.

Leonardo Espinoza Benavides (San Fernando, Chile, 1991)

Médico cirujano, escritor y cinéfilo. Autor de la novela fix-up de ciencia ficción *Más espacio del que soñamos* (Puerto de Escape, 2018) y editor general de la antología *COVID-19-CFCh* (Sietch Ediciones, 2020). Miembro del Directorio de la Asociación de Literatura de Ciencia Ficción y Fantástica Chilena (ALCiFF) y antiguo miembro de la Washington Science Fiction Association (WSFA). Expositor de la primera participación chilena en la convención Capclave de Estados Unidos (2015). Ha publicado ficción y no ficción en Editorial Puerto de Escape, Sietch Ediciones, El Sitio de Ciencia Ficción, The WSFA Journal, Revista literaria Letralia, Portal del Instituto Cubano del Libro – Cubaliteraria, Revista Crítica.cl, Dos Disparos Magazine,

Publicaciones Universidad Andrés Bello, Fantástica Sin Fronteras, entre otros.

Actualmente reside en Santiago de Chile junto a su esposa, Daniele Nakasawa, y su perrito, Hulky (también conocido como Chulito). Su sitio web es https://leoespinoza.cl.

El cazador, el vórtex, la mujer y su amante

Natalia Cáceres

ARGENTINA

El vórtex, en lugar de cerrarse, parpadeó unos instantes, como si se hubiese producido una interferencia, y permaneció abierto. Yui lo miró con una mezcla de curiosidad y preocupación que se manifestó en el ondular de sus antenas. Sus ojos de reptil –última orgullosa adquisición–, veían a la perfección, pero eran de lo más inexpresivos. Fue su mujer quien insistió hasta convencerlo de que se implantara las antenas expresionales con las que Yui se sentía ridículo, y eso hacía que vibraran de indignación cada vez que era consciente de ellas. Tenían un acuerdo con su esposa, ella no se metía en sus negocios y él complacía sus caprichos. Precios justos por tratos justos.

Esa tarde se demoró más de lo debido en continuar su camino. Las ideas le pesaban, le costaba organizar en su mente el itinerario a seguir. Le molestaba sobremanera que sus planes dependieran del accionar de terceros, la incertidumbre le provocaba paranoia, y eso lo llevaba a repasar varias veces cada decisión a tomar. Escondió en un pozo disimulado entre unos arbustos un paquete de píldoras que debía entregar al anochecer. Dio media vuelta y volvió sobre sus pasos.

El vórtex latía en medio de la bruma cuando Yui se aproximó un poco más. Sí, allí palpitaba toda la energía de un portal que aún no ha sido atravesado, pese a que él lo había hecho menos de diez minutos atrás. ¿Alguien más estaba utilizando el mismo acceso o se trataba de un error tecnológico? Estaba bastante seguro de que Nambo era un destino que nadie querría explorar. Aquel páramo brumoso que venía visitando en los últimos meses no podía poseer nada de interés para los cazadores –usuarios exclusivos de los vórtex con destino a lugares sin urbanizaciones–, no había allí ninguna forma de vida valiosa.



Ilustración: Pedro Bel

Que el propio Yui todavía se hallara en ese lugar era circunstancial. Dicha circunstancia se basaba en el hecho de que era un tramposo en todos los aspectos de la vida, excepto en el profesional. No era un cazador experto en trampas. Alguna vez lo había sido, pero su inclinación al resto de las trampas había ocasionado su deshonroso despido. Años después, y utilizando ilegalmente una tarjeta de cazador modificada para acceder a distintos destinos programados, Yui atravesaba el nebuloso páramo de Nambo sólo para despistar su verdadero rumbo. Su destino final se hallaba en la ciudad de Portia, en un lujoso módulo habitacional donde engañaba a su esposa con una ardiente ricachona a la que le vendía sustancias ilegales a precios exagerados. El viaje actual era pura especulación, ya que Zande hacía más de dos meses que no lo llamaba, ni por negocios, ni por placer. El humor de Yui se manifestaba en sus antenas.

El vórtex en medio de la bruma desataba demasiados interrogantes en su cabeza, sus antenas expresionales bailoteaban desquiciadas. ¿Su mujer? ¿Su amante? ¿Algún narcotraficante despechado? ¿Un cazador furtivo? ¿Un inspector curioso? Múltiples posibilidades, ninguna a su favor. El corazón le galopaba con fuerza y Yui no podía hacer otra cosa que mantener la vista en el lugar por donde algún ser debía materializarse. Vio una fluctuación en medio del vórtex y el instinto de conservación fue más grande, de un salto se escondió tras un arbusto gigante que lo ocultó sin problema. Se quedó allí expectante, con la mano sobre el cuchillo que escondía en una de sus botas.

A la aparición la precedió una risotada que hizo que sus antenas se estremecieran con una mezcla de furia y estupor. Su esposa. Podría reconocer esa risa en cualquiera de los mundos. ¿Dónde había quedado el honor? Yui apretó los puños y juntó bronca para encararla como debía por no respetar el trato, que siempre fue tronco salvador del perpetuo naufragio de su matrimonio. Pero no hizo a tiempo de abandonar su escondite, puesto que otra risa lo obligó a quedarse petrificado con las antenas tiesas, a punto

de manifestar una creciente desesperación.

La segunda risa pertenecía a su amante. ¿Qué perverso plan urdirían esas dos para destruirlo? ¿Pretendían darle alcance y confrontarlo, chantajearlo, hundirlo? Oh, no podía permitir que su hombría fuese puesta en jaque, ya se las verían con él y todas las cosas que tenía para… Yui se sentó sobre la raíz del arbusto y se agarró la cabeza. Cada una de esas mujeres tenía entre sus manos la información suficiente para arruinarle tanto la vida que no pudiese aspirar a ser mejor que uno de esos entes flotantes e insípidos –los Urgos– con los que se cruzaba de vez en cuando y tantos escalofríos le provocaban. Sin embargo, en ese momento no podía hacer más que quedarse en el mismo lugar y ser testigo de lo que el destino le deparase.

Ambas mujeres caminaban de la mano, susurrando y riendo sin parar. El hecho de que rieran de él ya tenía a Yui sin cuidado, con ese par en sociedad no era lo peor que podía sucederle. Se dirigieron en línea recta hacia un punto fijo, no lo estaban buscando; tampoco paseaban, ya habían estado allí antes. El vórtex se cerró tan silencioso como se había abierto. Las dos mujeres de su vida se perdieron tras un gran ambrul de tronco ancho, ramas cortas y grandes hojas que al caer formaban un amplio colchón de tonalidades variadas de azul.

Tras unos instantes de indecisión, Yui salió sigiloso de su escondite y se acercó al árbol con cautela. Ya no se oía más que el leve murmurar y el crujido de las hojas secas. El tronco del ambrul tenía numerosas protuberancias de las que Yui se valió para trepar hasta la copa, a casi tres metros de altura. Consiguió encaramarse sin hacer ruido y desde allí pudo observar la escena que se desarrollaba al otro lado.

Su mujer y su amante se hallaban arrodilladas sobre el colchón de hojas, revolviendo entre las mismas. De vez en cuando, una de ellas soltaba un gritito de júbilo y guardaba algo en un lienzo que estaba dispuesto entre ambas. Desde las alturas, Yui no alcanzaba a ver de qué se trataba. No porque sus ojos de reptil no pudiesen distinguirlo, sino porque siempre el hallazgo quedaba oculto por el cuerpo de alguna de las dos mujeres. Durante interminables minutos se dedicaron a la misma tarea. Al terminar, se sentaron una junto a la otra a seleccionar su recolección. Recién cuando colocaron su botín dentro de una bolsa transparente y regaron su contenido con una botella, Yui pudo vislumbrar de qué se trataba. Lo supo al ver la botella, era su amante quien la portaba y el propio Yui se la había vendido. Era un potenciador, un brebaje que hacía que las sustancias psicotrópicas tuviesen un efecto más duradero en el organismo. Lo que sus mujeres habían recolectado con tanta gracia era nada más y nada menos que una

especie de hongo alucinógeno que se creía extinta hacía mucho tiempo y cuyo nombre no podía recordar por más que se esforzara. De dónde habían sacado la información acerca de su ubicación era algo que lo perturbaba sobremanera.

Yui tomó una decisión, se acercaría a ellas cuando estuviesen tan drogadas que lo consideraran una alucinación y las interrogaría acerca de los hongos y de su acceso al vórtex. Con esa información podría evitarles el paso a ese páramo y así tener la exclusividad del negocio de los hongos. Acomodó mejor su cuerpo en la copa y se dispuso a esperar.

Tras un tiempo que se le hizo interminable, Yui consideró que era momento de entrar en escena. Descendió del árbol sin hacer movimientos bruscos, caminó hacia ellas con la mayor naturalidad que le fue posible y se sentó al borde del cúmulo de hojas. Se propuso no mirarlas demasiado hasta saber si su presencia pasaba desapercibida, pero no pudo cumplir, le resultaba imposible concentrarse en otra cosa que no fuera sus cuerpos relajados.

Xelia, su esposa, seleccionaba hojas del suelo y se las acomodaba en la falda arremangada sobre los muslos. Desde donde se hallaba sentado, Yui podía vislumbrar su ropa interior sin esfuerzo. Zande, su amante, se había recostado boca arriba sobre las hojas y observaba el cielo con gesto asombrado, de vez en cuando reía y sus enormes pechos se bamboleaban sin control. Las antenas expresionales de Yui comenzaban a manifestar su excitación. Intentó controlarse recordando la razón por la que había abandonado su escondite. Se obligó a pensar en el monopolio de los hongos y la cantidad de dinero que podría llegar a ganar en poco tiempo. Necesitaba la información que ellas poseían y esa era su única oportunidad de conseguirla. Debía pensar en frío y reprimir sus impulsos primitivos. Cerró los ojos e imaginó números de muchas cifras, el aroma de un vehículo nuevo, infinitos destinos por conocer, manjares por descubrir, nuevas drogas que probar. Se detuvo antes de que su mente inventara feminidades exuberantes de razas desconocidas o debería volver a concentrarse, y no sabía de cuánto tiempo más disponía.

Abrió los ojos y ahí seguía Xelia contabilizando hojas. Esta vez se concentró en su rostro calculador y por fin pudo comenzar a interrogarla. No quería sacarla de su sopor, así que las preguntas no fueron demasiado específicas. Pudo sacar en limpio que ya habían hecho esa incursión varias veces, copiando de alguna manera el acceso a los vórtex del “imbécil de su marido”. Las antenas de Yui vibraron con furia, movimiento que se detuvo en seco cuando las manos de Zande las atraparon por detrás con una risa que, muy a su pesar, volvió a excitarlo. Se giró lentamente para que el dolor

que le provocara el tirón enfriara su mente. Al interrogar a su amante mientras se hallaba entretenida con sus antenas, se enteró de que habían descubierto los hongos por casualidad, pero la risa comenzó a reemplazar casi todas las palabras y no pudo comprender la mitad de la explicación. Como si eso no complicara lo suficiente la situación, vio de reojo que Xelia se aproximaba gateando hacia ellos. Se detuvo al llegar a los pies de Zande y le clavó una mirada tan significativa que Yui por un instante sopesó la posibilidad de que se comunicaran mediante telepatía. No tuvo tiempo de ahondar en dicha hipótesis porque las cosas a su alrededor se ponían cada vez más extrañas.

Zande extrajo un dispositivo desconocido de entre sus ropas, era algo redondo, de tamaño pequeño y lo llevaba colgando del cuello. Sonrió cómplice y se lo acercó a los labios. Xelia se puso de pie en el límite del montículo de hojas, alejada de ellos; levantó ambos brazos uniendo las manos sobre la cabeza, se colocó en una graciosa pose y esperó. La ocarina en manos de Zande rompió con las primeras notas el silencio de la tarde. Las antenas de Yui se paralizaron, expectantes. La inmovilidad de Xelia se desarmó y sus extremidades se embarcaron en una danza que hipnotizó a su marido sentado en el suelo cuyas antenas oscilaban entre una mezcla de excitación y nostalgia. ¿Cuándo fue la última vez que la había visto bailar? Parecía envolverse en cada nota sostenida en el aire, dejarse abrazar y transportar por el sonido. Los ojos de Yui se posaron en los de Zande, que brillaban siguiendo los movimientos que su dulce música provocaba.



Ilustración: Pedro Bel

Los pensamientos de Yui comenzaron a tejer una historia más allá de las circunstancias actuales, una historia que no estaba seguro de querer desentrañar. Entonces sus ojos se posaron en una cuarta figura que se había acercado con sigilo a observar el espectáculo. Las antenas expresionales vibraron al son del escalofrío que trepó por la columna del ex cazador. A su lado, flotando indolente con la mirada vidriosa, un Urgo observaba la danza de su mujer con un interés que nunca nadie había logrado vislumbrar en

uno de esos seres. Unas manos enormes colgaban a ambos lados de sus piernas cruzadas en posición de loto, y en medio de éstas asomaba un pene de tamaño monstruoso. Yui se pasó las manos por la cara y sus antenas manifestaron un creciente desconcierto. Se había cruzado repetidas veces con esas criaturas y estaba seguro de que sus genitales no se notaban a simple vista. Ya no pudo apartar los ojos del ente que tanto desagrado le provocaba, sobre todo porque se instaló en su cabeza la idea de que si decidiera atacarlos, no tendrían la más mínima oportunidad de defenderse. Siempre les había atribuido una naturaleza pacífica que rozaba la abulia, pero al contemplar su reacción a la danza de Xelia comenzó a dudar seriamente de sus prejuicios.

Aquel miembro se erguía entre sus piernas como un animal desperezándose. Para terminar de completar ese cuadro, su esposa se acercó y comenzó a acariciarlo con dedicación. Yui no salía de su estupor, las antenas no eran suficiente para expresarlo, así que su boca se abrió sin su consentimiento. Se sentía atrapado en una alucinación inducida por psicotrópicos, pero con la contundente certeza de que no existía una escapatoria real. Nunca se había sentido tan carente del control de una situación en toda su vida.

Zande se aproximó también al pene del Urgo, que para esa altura en la mente de Yui ya poseía entidad propia, y se unió a las caricias. La ocarina descansaba entre medio de sus pechos, por lo tanto con la mano que le quedaba libre tomó el mentón de Xelia, lo atrajo hacia su rostro y comenzó a besarla con pasión. Con ese pequeño gesto, logró que Yui comprendiera que el único espectador en esa escena era él.

Se retrotrajo a su pubertad, cuando soñaba con ser un cazador sólo para entrar en contacto con aquellas extrañas mujeres alienígenas que observaba en su monitor privado. Azorado y con el pene duro como una piedra, las veía fornicar con humanos en las películas prohibidas que su padre podía conseguir en sus viajes. Eyaculaba avergonzado entre sus sábanas, con toda la culpa que la religión le había inculcado.

Una sonrisa torcida se instaló en el rostro del Yui adulto, que había llegado a ser cazador, conocido infinidad de lugares y copulado con todas las razas conocidas por la humanidad como si estuviera llenando un álbum de figuritas. Se había creído un experto en materia sexual, y sin embargo, nunca se había sentido más excitado en su vida que en aquel extraño momento. El vértigo que le ocasionaba la remota posibilidad de que el Urgo de pronto quisiera penetrar a una –o ambas– de *sus* mujeres con ese miembro de proporciones descomunales hacía que se sintiera a punto de estallar.

Se hallaba en un estado mental tan inesperado que los planes que su mente había esbozado de antemano cambiaron de forma radical. Ahora sopesaba dos opciones. Una era filmar escenas como la que presenciaba en ese instante, alucinaba con la cantidad de dinero que le pagarían por ese tipo de pornografía exótica. La otra, y muy a su pesar era la que iba ganando peso, era conservar esas instancias para su placer personal, no compartir esa sensación –física y mental– con ningún otro ser vivo.

Mientras se perdía entre estas cavilaciones, las dos mujeres se habían entrelazado en una danza de caricias y gemidos que logró que ambas entidades masculinas eyacularan al mismo tiempo. Yui quedó sentado al borde del cúmulo de hojas, muy poco consciente del momento en que había comenzado a masturbarse sin tapujos. Se quedó con el corazón palpitante, las antenas caídas y una creciente nostalgia porque todo hubiese acabado. Recién entonces fue testigo de la escena que lo hizo comprenderlo todo. Ambas mujeres habían sostenido el pene del Urgo en el momento del clímax como si se tratase de un cañon, lo habían dirigido hacia la sombra del ambrul, al centro mismo de la montaña de hojas. Al cabo de un instante, el Urgo se alejó flotando, desinteresado por cualquiera de ellos como si formaran parte del paisaje. Su gigantesco miembro había desaparecido dentro de su cuerpo junto con todo rastro de deseo sexual.

Ambas mujeres, luego de chequear que el semen se hubiese depositado donde haría crecer más de sus preciados hongos, acomodaron sus ropas, sus cabellos, tomaron la bolsa que permanecía casi llena, le dedicaron un par de sonrisas sarcásticas y se alejaron de la mano hacia el lugar donde habían vuelto a activar el vórtex.

Yui se quedó un rato allí sentado, con su propio semen manchando sus pantalones, cavilando sobre el destino, el futuro y la aceptación de las propias imposibilidades. Decidió que se haría extirpar aquellas malditas antenas expresionales, que estaría más pendiente del movimiento en aquel páramo de allí en adelante y que necesitaba relajarse de verdad por una vez en la vida. Esa última conclusión lo hizo estallar en carcajadas, que no se detuvieron hasta que el vórtex volvió a cerrarse y se percató de que no podría volver a abrirlo desde allí, puesto que el sistema había computado que el usuario de su tarjeta acababa de abandonar esa locación. Se tiró de espaldas en el césped, clavó la vista en el cielo brumoso de Nambo, su repentina trampa autoinfligida, y volvió a reír como nunca había reído en su vida.

Natalia Andrea Cáceres. Escritora argentina (Buenos Aires, 1977). Escribe desde que tiene memoria. Ha publicado sus cuentos en revistas como Axxón, Cruz Diablo, The Wax, Brutal Magazine y otras publicaciones

literarias del mundo de habla hispana. En 2010 publicó su primera novela: *Sed*. Desde 2016 se desempeña como editora de la Revista *Cruz Diablo*.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: “DUDOSO SUCESO” EN “FICCIÓN BREVE (SESENTA)” (nº 213) (como Natalia Andrea Cáceres), “BLANCO Y NEGRO” EN “FICCIÓN BREVE (SESENTA Y UNO)” (nº 217) (como Natalia Andrea Cáceres), “SANGRE MALDITA” EN “FICCIÓN BREVE (SETENTA Y OCHO)” (nº 266) (como Natalia Andrea Cáceres)

La puerta abierta

Cristian Gabriel Núñez

ARGENTINA

Durante todo el día me inquietó una sensación de dispersión y de vacío, de no ser completamente yo. No veía la hora de volver a casa, darme una ducha, comer algo y tirarme a dormir.



Ilustración: Pedro Bel

Llegando al barrio, los faroles, los jardines y hasta los árboles se me antojaban irreales o arbitrarios, más artificiales que de costumbre. La tarde persistía, aplazaba la noche. Bajo esa demorada oscuridad crucé el umbral de mi puerta. Anduve merodeando por el living hasta que llegué a la escalera ¿Acaso ya había estado hoy ante aquellos escalones? oí un apagado estampido que hizo eco en el silencio ¿una puerta cerrándose de golpe? ¿un martillazo ronco? ¿un trueno conciso?

Me quedé en silencio. Hasta que, apremiado más por el miedo que por la curiosidad, subí la escalera a los saltos. Iba en busca del revólver que escondía en la mesita de luz.

Llegué hasta la habitación: la puerta abierta de par en par. Y ahí estaba él (más bien debería decir que ahí estaba yo, otro yo), sentado sobre el colchón, iluminado por la haragana luz de los faroles de calle. Me miraba expectante, con la cara desencajada (la misma cara que debo de haber puesto al verlo). Si no era yo, era demasiado igual a mí. Y me asusté aún más cuando advertí que, bajo la cama, asomaba un cuerpo exánime. Era un brazo que sobresalía. El indudable brazo de un muerto.

Yo y mi otro yo nos estudiábamos en silencio, tratando de entender. Sentí que su forzada respiración se dilataba también en mi pecho, como si

fuéramos ecos instantáneos el uno del otro. Abrió la boca para hablar, y adiviné el peso de sus palabras en mis propios labios.

—Yo soy real —dijimos a la vez.

—Si esto es un sueño, ¿quién de los dos está soñando? —replicamos al unísono.

Y por toda respuesta escuchamos abrirse la puerta de calle. Y, después, pasos en el living. Y, después, alguien que se acercaba a la escalera.



Ilustración: Pedro Bel

—Tres son multitud —exclamamos.

Pero mi otro yo ya se había levantado y aferraba el revólver. Antes de que me apuntara di un salto hacia él. En el forcejeo, el disparo detonó ahogado por nuestros cuerpos trenzados. El otro se desplomó junto a mí.

Yo dediqué un momento a contemplar su vaga y lenta agonía de muerte.

Y mientras, en mi confusión y aturdimiento, arrinconaba su cuerpo debajo de la cama, oí los pasos apremiantes y desordenados que subían la escalera.

Me desmoroné sobre el borde de la cama. El revólver todavía humeaba en mi mano cuando me vi, bajo el marco de la puerta abierta.

Era yo, o era demasiado igual a mí. Me miraba expectante, con la cara desencajada. La misma cara que debo de haber puesto yo al verme.

Cristian Nuñez nació en Santa Fe (Argentina) en 1973. Es Licenciado en Química por la Universidad Nacional del Litoral. En 2012, por cuestiones de trabajo, se radicó en Río Negro. Algunos de sus poemas y cuentos participaron en antologías y revistas digitales. Fue integrante activo del Centro de Escritores *César Cipolletti* y es miembro del *Taller de Corte y Corrección* coordinado por Marcelo Di Marco. Gracias a *El Sur - taller literario* sigue ensayando el arte de la corrección. Fue seleccionado en la convocatoria del FER (Fondo Editorial Rionegrino) 2018 en la categoría "Narrativa – Cuentos", con su libro "El algoritmo del monstruo".

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: “DEL TIEMPO Y LOS INSECTOS” EN “FICCIÓN BREVE (SETENTA Y SEIS)” (nº 264) (como Cristian Nuñez), VOLAR (nº 273) (como Cristian Gabriel Nuñez)

Equipo

Axxón

Equipo de redacción: Pablo Contursi, Gustavo Courault, Claudia De Bella, Carlos E. Ferro, Ana Guido y Spano, Marcelo Huerta San Martín, Ricardo Manzanaro



Encuéntrenos en:

- Axxón:
    - Sitio principal:
    - Facebook:
    - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
    - Descargas:
    - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
    - Facebook:
    - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**